
BASES SUBMARINAS
J. NEGRI O'HARA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
Ibañez

J. Negri O'Hara

# BASES SUBMARINAS



EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN

Depósito legal V. 1.592. - 1960

EDITORIAL VALENCIANA. - VALENCIA

Núm. de Rgtro. 3.752. - 1960




# CAPÍTULO PRIMERO

## Un veterano

Al viejo «Giggler» no le quedaba más que la apariencia.

A pesar de su cuidado aspecto, del armamento de que iba dotado y del reciente baño de pintura gris acerada con que le habían cubierto, sus entrañas, sin embargo, eran tan anticuadas como quien insiste en denominar átomo a una partícula divisible.

Ello dio motivo para que el Departamento de la Armada Norteamericana lo dedicara a un servicio secundario de patrulla y vigilancia en algunas islas del Pacífico, cuando en realidad lo que hubiera procedido era ordenar su desguace inmediato.

Ahora, por determinadas circunstancias especiales, el patrullero «Giggler» llevaba dos semanas haciendo cumplido honor al nombre que llevaba, fisgoneando incansablemente a todo lo largo y ancho de una zona, desmesuradamente extensa para sus posibilidades.

Así lo pensaba por lo menos el malhumorado comandante Robert

Hunt, mientras examinaba unas cartas marinas extendidas ante él.

—¡Vigilar sin tregua! —murmuró amargamente, mirando al Oficial que se hallaba frente a él—. Es fácil dar esa orden. Pero con este viejo cascarón resulta algo así como cazar gamos con balas de corcho.

El Oficial sonrió imperceptiblemente. Sabía que, de haber asentido a aquellas observaciones, habría originado el enfado del Comandante.

El «Giggler», pese a todo, aún representaba para Hunt algo muy querido, donde habían transcurrido muchos de sus años de marino.

—No obstante, señor —le dijo—, cumple perfectamente su cometido. No es un acorazado, desde luego. Pero opino que resultaría altamente difícil escapar a su vigilancia.

—Bueno... Menos mal que le merece esa opinión —sonrió Hunt complacido—. Aquí para nosotros, Lower, tengo mis reservas respecto a la existencia de esos submarinos piratas. ¿Qué opina usted de ello?

—Han sido vistos, de eso no cabe duda. Pero en la zona encomendada a nuestra vigilancia no han dado señales de vida hasta ahora.

—Bien; esperemos que todo quede en nada. Reitere a los hombres la vigilancia esta noche. Hemos rodeado los arrecifes coralíferos y navegamos por aguas más profundas. Ya sabe las órdenes. Son algo duras, a mi entender.

—En efecto, señor. Disparar después de un solo aviso, y de inmediato si intentan sumergirse... ¡hum! Sus razones tendrán para ordenarlo así...

—Desde luego, Lower. ¡Vaya! —exclamó al consultar el reloj—. Se nos ha hecho tarde. Le queda aún tiempo para echar un vistazo por cubierta. Voy a descansar un rato. Avíseme si ocurre alguna novedad.

Salió Lower de la cámara y se dirigió a la toldilla de popa.

Encendió un cigarrillo y contempló el hermoso panorama de un cielo despejado que parecía perforado por multitud de puntitos brillantes.

Una leve brisa le trajo aromas mezclados de marisma y tierra húmeda. El mar, negro en la noche, semejaba una plancha ligeramente ondulada que reflejara fugaces destellos de plata. El patrullero navegaba lentamente dejando a su paso una estela fosforescente.

El hombre de guardia le saludó en silencio. Su negra silueta, maciza y ancha, recortándose como dibujada con tinta china, hizo que Lower le reconociese sin hablar. Era Sam Bass, el hercúleo californiano acaparador de trofeos en cuantos campeonatos de fuerza organizaba la Armada.

—Buenas noches, Sam —le saludó Lower—. Guardia tranquila ¿eh?

—Sí, señor. Noches así me traen el recuerdo de...

Calló. Tal vez no consideró oportuno terminar la confidencia de lo que le recordaban aquellas noches. Sentía gran respeto y consideración por aquel Oficial, joven y afable, que denotaba tener, no obstante, el firme y audaz temple de los marinos auténticos. Era un hombre distinguido, de ello no tenía Sam la menor duda, pero ello no le impedía mantener con los hombres de la tripulación un trato considerado sin perder por ello la autoridad.

—Vigila atentamente, Sam. Hemos salido de los arrecifes sumergidos y navegamos por zona más profunda.

Siguió la ronda y bajó finalmente a la sala de máquinas. La noche era cálida, y en la sala, aun con los ventiladores abiertos, hacía un calor sofocante. El maquinista aceptó sonriente el cigarrillo que le ofreció Lower.

—¿Cree usted, señor —le preguntó— que naveguen por estas aguas esos submarinos desconocidos? Piratas, dicen.

—Es de suponer, Glib. Han sido vistos no muy lejos.

—Sí; eso he oído. Pero me gustaría verlos yo mismo...

Lower ascendió con calma la escalerilla, reprimiendo una sonrisa ante la mueca de duda que adoptó el rostro del maquinista al decir aquello.

Dirigió sus pasos de nuevo hacia la popa. Deseaba descansar un rato y aspirar el fresco aire de aquellas primeras horas nocturnas.

Tomó asiento en la hamaca de lona y extendió las piernas adoptando una cómoda postura. Se dejó invadir por una agradable laxitud somnolienta...

* * *

De súbito, le volvió a la realidad un estridente grito de Sam.

—¡A babor! ¡Submarino a babor! ¡Submarino a babor!

Lower se enderezó de un salto. En unas zancadas se halló junto a Sam, que inclinado sobre la borda extendía desesperadamente un brazo señalando un punto en el mar.

—¿Dónde? —preguntó Lower brevemente.

—¡Allí, señor! —aseguró Sam, sin dejar de señalar.

En efecto, a unas doscientas yardas de distancia podían verse aún las ondas producidas en el agua por algún cuerpo.

—No se ve nada, Sam. ¿Estás seguro?

—Como de que estamos vivos, señor. ¡Por vida de...! Primero fue una masa negra que ascendió lentamente. Quedé fijo mirándola, creyendo sería algún pez; pero estaba casi a flote cuando grité. Se sumergió rápidamente.

Lower quedó silencioso. Aguzó la vista e inclinó la cabeza a un lado para distinguir mejor la superficie líquida. En aquella posición le sería más fácil percibir cualquier movimiento del agua.

Estuvo unos momentos observando, y nada volvió a producirse. El propio Sam mascullaba sordamente frases ininteligibles.

Ya iba Lower a abandonar la borda, cuando observó una extraña ondulación en el mar, y que, desde luego, no era producida por las

olas apenas perceptibles. Prestó mayor atención y señaló en silencio aquel punto a Sam.

—Así empezó, señor —musitó éste a media voz—. Luego fue cuando emergió...

Un rápido ademán de Lower le hizo enmudecer. Lentamente, comenzó a surgir del mar una masa oblonga que fue agrandándose hasta tomar las proporciones de un sumergible.

Los dos hombres permanecían como hipnotizados. Fueron unos segundos; los suficientes como para que Lower pudiera contemplar su forma y dimensiones aproximadas. Se hallaba algo más alejado de lo que Sam dijera verlo en principio.

Repentinamente, brotó de un punto del sumergible un halo vivísimo de luz azul que iluminó fugazmente el contorno con resplandor fantasmagórico.

Entonces reaccionó Lower. Corrió hacia el puente de mando y gritó por el tubo acústico de la sala de máquinas:

—¡A toda máquina! ¡Rápido!

El Oficial de servicio en el timón le dirigió una mirada asombrada. Se hallaba junto al timonel al llegar Lower.

—¿Qué ocurre...? —intentó preguntar.

Lower atajó la pregunta y ordenó al timonel, que permanecía impasible:

—¡Treinta grados a babor!

La sirena de alarma aulló en la noche. Las entrañas del «Giggler» trepidaron con furor, y mientras en cubierta iban apareciendo los marinos despertados bruscamente por la perentoria llamada, el comandante Hunt ya se hallaba junto a Lower interrogándole con la mirada.

El «Giggler» enfiló audazmente hacia el lugar en que había emergido el submarino. Pero ya en la superficie del mar no quedaban más signos que las ya dispersas ondas que denunciaban su

presencia.

El sordo y profundo bramido de las cargas de profundidad pusieron túmulos siniestros en las tranquilas aguas. El patrullero, como mensajero de muerte, fue dejando una estela de aguas alborotadas y estallidos submarinos, que resonaban lúgubremente en la apacible noche.

Mientras tanto, la radio del «Giggler» lanzaba a las ondas la noticia, antes comunicada por otros buques, de que en aguas de las Marshall había sido avistado un submarino pirata.

Radió la situación repetidas veces, mientras trataba bravamente de sembrar una extensa zona con cargas de profundidad. Aquella fue la última proeza del viejo «Giggler».

Instantes después su anticuada armazón saltaba por los aires en un espantoso estallido que iluminó la noche con la cárdena luz de su explosión.

Los patrulleros que acudieron horas después al lugar del siniestro sólo pudieron hallar algunos dispersos y destrozados restos del veterano de los mares.

Pero no descubrieron ni un solo superviviente de la inexplicable catástrofe...

# CAPÍTULO II

## Una isla con sirena

El sol brillaba intensamente aquella mañana, arrancando fulgurantes destellos a las suaves ondulaciones del mar.

Durante la pasada noche había soplado un fuerte viento del noroeste que cedió con las primeras claridades, y ahora el día lucía esplendoroso.

En uno de los innumerables y desiertos atolones de origen volcánico que pueblan la gran extensión del Pacífico, un hombre realizaba esfuerzos por transportar a otro, exánime, sobre sus fuertes

espaldas.

Una vez atravesada la faja arenosa de la playa, penetró en el espeso palmeral tratando de hallar algún lugar donde refugiarse.

Su respiración jadeante denotaba el grado de extenuación en que se encontraba. Las destrozadas ropas aparecían empapadas de agua.

Dejó el cuerpo de su compañero al amparo de unas rocas que formaban como una pequeña caverna, tendiéndolo cuidadosamente sobre el fondo arenoso.

Al incorporarse, aspiró con ansia el vivificante aire. Quedó inmóvil unos instantes contemplando la solitaria playa. Varados en ella se veían unos destrozados maderos mal unidos entre sí con cuerdas, y que evidenciaban claramente ser restos de un naufragio.

Aquel hombre se dejó caer sentado junto al cuerpo del otro, observando con atención la ancha herida de emblanquecidos bordes que cruzaba la frente del que se hallaba inconsciente.

Rasgó un trozo de su camisa y con él vendó como pudo la cabeza del herido. Éste entreabrió los ojos y le miró con extraña mirada del que acaba de despertar de un largo sueño.

—¡Sam! —murmuró con desfallecimiento— ¿Qué ocurrió? ¿Dónde estamos?

Trató de incorporarse, mas sufrió un ligero desvanecimiento. A poco volvió a reanimarse.

—Cálmese, señor —le recomendó Sam—. Se encuentra muy debilitado. Sufrió un fuerte golpe en la cabeza y perdió sangre en abundancia.

—¡Herido! —exclamó el otro—. ¿Y el «Giggler»?

—Me temo, señor, que esté reposando en el fondo del mar. Aunque no completo, desde luego.

—¿Hundido...? ¡Cielos! Tengo la vaga idea de que sobrevino una explosión...

—No se esfuerce; le explicaré lo ocurrido. Después de descubrir

aquel submarino fantasma, nos dedicamos a enviarle cariñosos saludos. Probablemente por corresponder nos lanzó un torpedo que dio en el blanco. El viejo «Giggler» no pudo digerirlo y estalló en pedazos.

Sam se tomó un respiro antes de continuar. El anhelante rostro del oficial Lower le hizo proseguir rápidamente:

—Bien. En aquella confusión espantosa conseguí asirme a un madero flotante. Vi sumergirse un cuerpo próximo a mí. Pude prenderlo por los cabellos y lo saqué a flote. Era usted y con una buena herida en la frente —Lower llevó una mano a la vendada cabeza. Sam continuó—: Con algún esfuerzo conseguí reunir otros maderos. Uno de ellos tenía enrollado un gran trozo de cable y los amarré como pude. Le tendí a usted sobre la improvisada balsa e intenté descubrir algún otro superviviente...

Crispó los puños en un gesto de desesperación, y prosiguió:

—No vi a nadie. Sólo restos del buque, pero ni sombra de los demás. ¡Piratas despreciables y traidores! ¡Malditos sean!

—Entonces, Sam, ¿estamos solos? ¿Qué lugar es éste?

—¿Quién puede saberlo? Se levantó un fuerte viento y la corriente nos alejó de la costa. No pude hacer nada por evitarlo. Durante todo el día siguiente fuimos a la deriva. Y sin probar bocado. Usted, desde luego, no lo necesitaba; creí que no saldría de ésta. Pero al amanecer divisé este islote a escasa distancia. El viento había amainado y pude dirigir la balsa hasta esta playa, impulsándola mientras nadaba. Un buen trabajo, señor, ¿no le parece?

—Magnífico, Sam —aprobó Lower, consiguiendo quedar sentado sobre la arena—. Así, pues, nos hallamos en un atolón desconocido...

—Así parece.

—¿Has echado una ojeada por si está habitado?

—No lo he hecho hasta ahora. Pero sospecho que, salvo unas palmeras, somos los únicos habitantes de este paraíso.

—Necesitamos alimentos, Sam. Me encuentro tan debilitado como si no hubiera probado bocado en un mes.

—Igual me ocurre, señor. Voy a ver si encuentro algo.

—Un momento. Ayúdame a levantarme. Confío en que podré caminar, y así haremos juntos la exploración.

Lower comenzó a caminar apoyado en el forzudo Sam. La anterior pérdida de sangre se hacía notar, y ello, unido a la debilidad consiguiente a la falta de alimentos, le producía un extraño zumbido en los oídos acompañado de ligeros desfallecimientos.

Ascendieron un declive pedregoso y quedaron detenidos recuperando fuerzas.

El islote era pequeño. Desde el lugar en que se hallaban casi podían divisar su contorno. No descubrieron vestigios de estar habitado, lo que hizo exclamar a Sam:

—¡Ni un ser humano! Tan sólo las gaviotas nos harán compañía.

—En efecto; no es muy risueña la perspectiva. Pero allá abajo veo deslizarse un arroyuelo. Con él y con algunos cocos que podamos recoger, será posible sostenernos hasta que nos recojan. Adelante, Sam. Los aviones de patrulla darán con nosotros.

Llegaron hasta el arroyo y saciaron la sed. Al pie de unos cocoteros Sam recogió unos frutos y comieron con ansiedad. Aquello los reconfortó, y hasta el propio Lower, que era el más debilitado, sintió sus fuerzas reanimadas.

Tras ellos aún quedaban unos salientes rocosos, los más altos de la isla, que les ocultaban la parte Este de la misma.

Era de suponer que tras aquel promontorio existiría una pared de acantilados o arrecifes. Hasta ellos llegaba el sordo rumor de las olas al estrellarse en los rompientes.

—Convendría llegar hasta esa altura —la indicó Lower con la mano—. Así habríamos reconocido por completo nuestro refugio.

—No creo que la parte oculta reúna mejores condiciones que

todo esto —opinó Sam sin entusiasmo.

—A pesar de ello. Echemos una mirada y luego trataremos de instalarnos, encendiendo algún fuego que avise nuestra presencia.

—¿Fuego ha dicho, señor? ¿Sabe hacer fuego con tan sólo las manos?

—¡Diablo! ¡Es cierto! He aquí un problema con el que no había contado. Trataremos luego de solucionarlo. En marcha.

Rodearon el promontorio, pero llegaron hasta un lugar en el que el paso resultaba por demás difícil. Hubieron de ascender por una especie de cornisa natural que los condujo hasta la parte más elevada.

No resultó la cumbre tan llana como parecía a lo lejos. Grandes grietas en la roca hacían peligroso el caminar sin sumo cuidado.

Lower llegó hasta una hondonada y, asomado en el borde, atisbó a lo lejos y hacia abajo.

En efecto, una muralla de rompientes lejos de la orilla formaba como una corona espumosa que la protegiera. El espacio entre los rompientes y la orilla semejaba un terso lago de tranquilas aguas de un intenso color azul. Entre los salientes rocosos existía una pequeña playa de fina arena dorada.

Lower tuvo un rápido sobresalto al descubrir las recientes huellas dejadas en la arena húmeda. Las leves olas iban borrando algunas de ellas.

—¡Sam! —llamó quedamente—. Ven, acércate.

El hércules quedó agazapado junto a él. También descubrió las huellas y miró en silencio a Lower asintiendo con la cabeza.

—Son huellas de una persona. De una sola persona —afirmó Lower—. Pero fíjate en esas otras más pequeñas que hay alrededor y que parecen ser las de un animal.

—¿Un perro tal vez?

—Puede ser. Lo cierto es que el islote está...

La frase quedó cortada. De detrás de unas rocas de la playa salió corriendo un hermoso ejemplar de dogo. Penetró decididamente en el mar y nadó hacia un pequeño objeto que flotaba. Al prenderlo con sus dientes y dar la vuelta para regresar a tierra, llegó hasta los oídos de los náufragos un extraño y agradable grito que pareció inyectar nueva energía al animal.

Nadó bravamente hasta llegar a la orilla y allí se sacudió el agua. De las rocas cercanas se acercó una figura que llegó hasta el perro palmoteándole el chorreante lomo.

—¡Atiza! ¡Una mujer! —balbuceó el pasmado Sam.

Era una mujer, ciertamente. Cubierta con un breve bañador azul, tenía su figura la grácil ligereza de una nereida acariciada por el mar. El rubio y corto cabello le caía sobre la nuca, y sus dorados reflejos al sol de la mañana le daban apariencias de halo luminoso.

Nuevamente, la extraña sirena lanzó al mar el objeto que sostenía el perro, y nuevamente éste se lanzó al agua con la ligereza de un pez. La joven le animaba con sus gritos, y entonces fue cuando Lower decidió entrar en acción.

—Llama su atención, Sam —dijo.

Éste se incorporó, irguiéndose en las rocas en toda su estatura para hacerse visible, y gritó con todas las fuerzas que pudo reunir en sus pulmones.

—¡Eh! ¡Oiga!

La joven se volvió en redondo, evidentemente sorprendida. Haciendo visera con las manos para defenderse del sol, dirigió la mirada hacia el lugar de donde le llegaban los gritos. Al divisar a Lower y a Sam que movían los brazos como aspas de molino, esperó a que el perro regresara, y, sin dejar de mirar hacia los intrusos, corrió hacia las rocas de donde saliera y desapareció tras ellas.

—¡Bueno! —murmuró Sam—. No es muy hospitalaria, que digamos.

—Se habrá sorprendido al ver dos desconocidos en la isla. Hay

que reconocer también que no estaba en traje de recibir visitas —hizo notar Lower sonriendo.

—Hermoso aspecto el de esa chica, señor. Parecía una diosa antigua de ésas que pintan en los cuadros; una...

—Una valkiria, supongo querrás decir. Verdaderamente es de agradable presencia. Me extraña, sin embargo, su actitud.

—Podemos salir de dudas llegando hasta allá.

—Vamos, Sam. Dura está resultando esta aventura.

Con grandes precauciones iniciaron el descenso por el acantilado. Cuando llegaron a la playa respiraban fatigosamente.

Dirigieron los pasos hacia las rocas tras las que se ocultó la joven. Las rodearon y vieron frente a ellos otra franja de playa más pequeña que la anterior. Y en el extremo más distante podía verse, fuera del alcance de las olas, una lancha a motor tumbada de costado y mostrando en la quilla, junto a la proa, las maderas astilladas probablemente por el choque con los arrecifes.

En el límite de la playa, y en el lugar en que comenzaban las rocosidades, al pie de un grupo de palmeras, se levantaba una tienda de lona.

Y junto a ella, ya vestida, la joven de la playa hablaba excitadamente con dos hombres.

Uno de ellos avanzó unos pasos en dirección a los dos hombres que aparecían tras las rocas. Empuñaba un fusil, y su mirada mostraba la extrañeza que le producía aquel encuentro.

Sin dejar su actitud de alerta, preguntó a grandes voces, en las que podía percibirse su acento extranjero:

—¿Quiénes son ustedes?

Lower hizo una rápida señal a Sam y ambos avanzaron resueltamente en dirección al desconocido que había quedado detenido.

—Náufragos norteamericanos —respondió Lower, cuando se

halló más próximo, e intentando dar arrogancia a su derrotada figura.

Una sonrisa de tranquilidad asomó a los labios del hombre armado. Descansando el fusil en la arena levantó un brazo en gesto amistoso y dijo, no sin leve ironía burlona:

—Adelante, amibos. Tomen posesión de su casa.

# CAPÍTULO III

## La Misión Polansky

Una hora después se hallaban sentados los cinco ante la tienda de campaña. El dogo reposaba tranquilamente junto a los pies de su dueña.

Tanto Lower como Sam habían dado buena cuenta de una abundante ración de carne y verduras en conserva con que les obsequiaron los desconocidos. El que antes empuñara el fusil le había curado la herida a Lower y vendándola convenientemente.

Entretanto, Lower les había ido explicando las circunstancias por las cuales se hallaban en aquella situación.

Al terminar su narración, el de más edad de ellos les ofreció unos cigarrillos que extrajo de una bolsa impermeable.

Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, fuerte aún y con una vivacidad y energía en la mirada que desmentían la edad que representaba. La frente, alta y despejada, indicaba al hombre de voluntad férrea y fuerza intelectual. Una corta barba, puntiaguda y con algunas hebras grises, le prestaban mayor audacia a su rostro.

—Y bien, señor Lower —dijo, al terminar éste de hablar—. Nos complace haberles podido ser útiles en esta ocasión. Si bien —agregó tras una ligera pausa— la situación en que nos encontramos también no tiene nada que envidiar a la suya...

—¿Cómo? —indagó Lower, estupefacto—. ¿También han naufragado?

—No, exactamente. Escuche; procuraré ser breve. Nosotros

somos miembros de una misión polaca destinada a ciertas investigaciones en las islas de origen volcánico y madrepórico, en el Pacífico. Lo hacemos por cuenta de la Universidad Central de Estudios Geofísicos. Perdone que en estas extraordinarias circunstancias haya omitido el presentarnos.

Dirigió la vista hacia la joven que acariciaba la cabeza del perro, y que alzó la mirada en aquel momento. Lower pudo distinguir la maravillosa mirada de aquellos ojos verdes azulados.

—Soy el profesor Sergio Polansky —prosiguió el hombre—; ésta es mi hija Irma, profesora de Geología. Y este otro —señaló al del fusil—, el doctor Sidor Karlow, una autoridad en fondos submarinos.

Tras el breve saludo que siguió, el profesor Polansky continuó:

—Tomamos como cuartel general un atolón algo mayor que éste, Ranuroa, situado unas millas más al norte. Instalamos estación de radio y diverso instrumental necesario para nuestros trabajos. Cinco indígenas oceánicos nos prestaban sus servicios. Teníamos realizadas interesantes investigaciones, cuando...

En aquel momento, el dogo se alzó repentinamente y gruñó amenazador en dirección a Sam, que había intentado acariciarle.

—¡Quieto, «Furia»! —le ordenó la joven, y el perro volvió a echarse mansamente—. Es poco sociable con los desconocidos.

—Sí —reanudó el profesor la narración—; fue precisamente «Furia» quien primero lo anunció. Hace varios días se mostraba inquieto, temeroso. No le hicimos gran caso; pero Karlow me comunicó que los indígenas murmuraban entre sí, atemorizados. Les interrogué a ellos mismos, mas no saqué nada en claro. Hablaban confusamente de espíritus y de supersticiones... Nada.

Lower escuchaba interesado. Miró hacia Irma y sorprendió que ella le miraba fijamente. Al ver que Lower le dirigía la mirada, desvió la suya.

—Continúe, por favor —rogó Lower al profesor.

—Hace dos días —prosiguió éste— mi hija regresó de una

exploración. Había descubierto en la parte central del atolón, al pie de un promontorio, una amplia y profunda depresión circular que antes no existía. Aquello nos alarmó. Marchamos los tres al lugar indicado, y, en efecto, el terreno había descendido perceptiblemente en una amplia zona. Entonces llegó hasta nosotros un apagado rumor subterráneo, escalofriante, sin embargo, como si algún potente explosivo hubiese estallado en las entrañas sumergidas del islote. Estas islas, ya lo sabe, pueden resultar peligrosísimas y desaparecer en unos instantes.

—Ciertamente —asintió Lower—. Se han dado numerosos casos de islas desaparecidas en una noche y que ya nunca más han vuelto a emerger.

El profesor aprobó con un movimiento de cabeza. Continuó:

—Rápidamente regresamos al campamento. Los nativos habían preparado la huida durante nuestra ausencia, y se habían apoderado del barco a motor con que contábamos. Aún se hallaban a media milla de distancia y les gritamos para que volviesen a recogernos...

Quedó en silencio, como recordando la pasada escena. Al fin, reanudó el relato:

—¡Fue horrible...! De pronto, algo así como un terrible geiser brotó del mar, justamente en el lugar donde se hallaba el barco. Vimos a éste elevarse a impulsos de la masa de agua, y luego, rápidamente, caer en la hirviente espuma que lo engulló en unos segundos.

—Se trataría de una tromba —aventuró Sam, interviniendo por primera vez.

—No; no lo era, puede estar seguro —denegó sonriendo el profesor—. Aquello nos aterrorizó. Mi hija era de opinión que se avecinaba un cataclismo, un maremoto tal vez. Precipitadamente cargamos algunas provisiones en la lancha a motor que nos quedaba y salimos de allí. Todo hubiera ido bien a no ser por el fallo del motor y el fuerte viento que se desencadenó durante la noche y nos arrastró hasta este islote. Milagrosamente sorteamos la barrera de rompientes, pero las olas nos arrojaron contra esos arrecifes cuando ya

estábamos casi a salvo. Ya ve... ha inutilizado nuestra lancha.

—¡Bonita situación! —opinó Sam—. Dos grupos de náufragos en un atolón perdido...

—Supongo, profesor, que alguien tendría conocimiento del lugar en que se hallaban investigando —aventuró Lower.

—Desde luego —respondió Karlow—; pero el contacto lo teníamos por radio. No muy frecuentemente. Tan sólo para pedir provisiones o efectos que nos traía un helicóptero.

—Sin embargo, es de suponer que les extrañe su silencio pasados unos días... —argumentó Lower no muy convencido.

—Tal vez —admitió el profesor—. Aunque nuestra idea es de reparar la lancha y tratar de llegar de nuevo al campamento. Desde allí radiaríamos nuestra situación pidiendo ayuda. Pero somos tan poco expertos en estas cosas —señaló con desánimo la destrozada embarcación.

—¡Magnífica idea! —aprobó Lower, súbitamente animado—. ¡Sam! ¡En pie! Hay una lancha a motor esperando que la reparen. ¿En qué piensas?

El imprevisto salto de Sam hizo sonreír a todos. Lower pudo admirar la blanca dentadura de Irma en su franca sonrisa.

—¡A la orden, señor! —saludó Sam, cómicamente—. Aunque sólo fuera un tonel lo haríamos navegar. ¿Tenemos herramientas?

—Algunas habrá en la lancha —aseguró Karlow.

—Pues vamos allá —animó Sam rompiendo la marcha.

Todos siguieron tras de él con los rostros animados por la esperanza. Hasta el dogo parecía comprenderlo y brincaba alegremente alrededor de la joven.

El habilidoso Sam, ayudado por los demás, dejó la lancha en condiciones de navegar. No tan bien como para atreverse a una larga travesía, desde luego; pero sí con la suficiente solidez y seguridad como para intentar llegar hasta el lugar donde estaba instalado el

campamento del profesor Polansky.

Casi todo el día lo dedicaron a esta tarea. Y cuando el sol comenzaba a ponerse, tiñendo las aguas con un resplandor anaranjado, la lancha se hallaba lista para ser tripulada.

No lo hicieron, sin embargo. De común acuerdo decidieron pasar la noche en el atolón, puesto que contaban con alimentos suficientes, y no lanzarse de noche a tan arriesgada travesía.

Se acomodaron, pues, como mejor pudieron, y la noche transcurrió sin novedad.

Cuando despertaron al amanecer, ya Sam tenía preparado fuego y había traído agua en varias vasijas.

Tomaron un ligero desayuno, y, al terminar, propuso el profesor Polansky:

—Creo llegado el momento de hacernos a la mar. Es de desear que la embarcación resista hasta el final.

—¿Quién lo duda? —preguntó Sam con fingida jactancia—. Se encuentra en tan buen estado como antes de averiarse.

—Sólo habrá que recargar el peso en la popa —recomendó Lower—. Es conveniente que la parte de proa no vaya muy sumergida.

Rápidamente estuvieron en condiciones de partir. El mar estaba encalmado, y las olas llegaban a la playa con suavidad.

Sam y Karlow hicieron la lancha a la mar. Lower intentó ofrecerse a Irma para trasladarla a bordo sin mojarse, pero ella rechazó la ayuda con una sonrisa encantadora.

—Amo el mar —le dijo—. Me agradan las blandas caricias de sus olas.

Lower, admirando la belleza y esbeltez de la muchacha, lamentó interiormente no ser una de aquellas olas.

Trepidó el motor, y, cuando todos se hubieron acomodado, Karlow dirigió la embarcación tomando el rumbo a Ranuroa,

orientándose con una brújula de mano.

Durante la travesía no hablaron apenas. Interiormente iban preocupados por si la reparación resistiría lo suficiente. Sam vigilaba de continuo el lugar de la avería, pero la lancha surcaba el agua valientemente, dejando una estela de blanca espuma en el azulado mar.

Antes de que Lower pudiese darse cuenta del tiempo transcurrido, Karlow advirtió, señalando con la mano:

—Ranuroa a la vista. Pronto llegaremos.

Irma palmoteó de alegría y pasó al lado de Karlow, cambiando con él unas palabras en su idioma, que Lower no comprendió. A continuación, Irma apoyó un brazo en los hombros de Karlow, mientras con el otro acariciaba la cabeza de «Furia» que no se separaba de ella.

Sin saber por qué, Lower sintió una extraña y vaga molestia ante la muestra de confianza de Irma con el doctor.

Pronto llegaron próximos al atolón anunciado. Era, a simple vista, de una extensión triple a la que habían abandonado. La parte sur, que era donde se dirigían, presentaba un agreste acantilado rodeado por rompientes.

Karlow desvió el rumbo a la derecha, y contorneó el islote aminorando la velocidad. A su rostro asomó un gesto preocupado al dejar a la izquierda los acantilados. Era evidente que tanto él como el profesor y su hija observaban con toda atención el contorno.

Al quedar bordeando el acantilado apareció un terreno más bajo y arenoso, y, a través de los abundantes palmerales, Lower pudo distinguir un gran claro en el que se veían algunas edificaciones rústicas confeccionadas con hojas de palmeras.

En aquel momento, Karlow emitió una exclamación da asombro y habló rápidamente al profesor y a Irma en su idioma.

Quedaron los tres, asombrados, mirando hacia la isla, mientras Lower y Sam, ajenos a lo que ocurría, observaban la extraña

expresión de sus rostros.

El profesor Polansky fue el primero en hablar. Lo hizo dirigiéndose a Lower.

—¡Asombroso, señor Lower! —exclamó, tratando de reprimir su excitación—. ¿Ve aquel claro? Bien, allí está instalado el campamento. Como puede hacerse cargo desde aquí, todo parece normal. A pesar de ello, más allá del claro era imposible distinguir desde aquí la extensión que ahora contemplamos. ¿Y sabe por qué?

—Espero que tenga a bien aclarármelo.

—Pues porque en ese lugar existía antes una gran eminencia poblada de palmeras. Justamente en el centro de la isla.

—¿Quiere decir...? —intentó preguntar Lower.

—Exactamente quiero decirle que ese promontorio ha desaparecido. Y si no me engaña la vista...

—De allí llega un reflejo como del sol reverberando en las aguas.

—¡Dios Santo! ¡Eso es! ¡Karlow, Irma! El promontorio se ha hundido y en su lugar existe un lagó. ¡Vayamos pronto a tierra!

El profesor pareció olvidar en absoluto el peligro que pudiera existir en aquella isla amenazada de hundimiento. Tan sólo vibró en él el interés científico ante tan extraño fenómeno.

Karlow, en silencio, enfiló la proa hacia la playa, y a los pocos minutos se hallaban todos en la orilla.

Ayudaron a llevar la lancha hasta tierra y la dejaron bajo un cobertizo de ramas que allí existía. Hicieron pequeños fardos con la impedimenta, y, cargados con ellos, se dirigieron hacia el campamento abandonado.

«Furia» se detuvo un instante y olfateó el aire. Seguidamente lanzó un lúgubre aullido que se expandió como un aviso por el ámbito del desierto islote.

Un silencio casi sólido parecía envolverlo todo, y hasta el rumor de las olas semejaba un tímido aviso de algo siniestro y desconocido.

# CAPÍTULO IV

## Huellas desconocidas

El campamento constaba de varias chozas rústicas confeccionadas con hojas de palma, a la usanza de los indígenas oceánicos.

La más amplia de ellas era la destinada por el profesor como laboratorio y base de estudios. Su instalación era sencilla y práctica. En varias tablas se hallaban alineadas y clasificadas gran cantidad de piedras de las que constituían los fondos submarinos: corales, madréporas, aglomeraciones de pólipos... Un verdadero museo en pequeño.

Sobre una mesa plegable, en uno de los ángulos, se veía una emisora de radio. Junto a este cobertizo existía otro más pequeño en el que estaba instalado un grupo, alimentado por baterías, para el escaso alumbrado con que contaban.

Después de una rápida inspección del lugar, el profesor exclamó, desalentado:

—¡Nadie! Todavía alimentaba la esperanza de que algún superviviente hubiese llegado a la isla... Pero parece habérselos tragado el mar.

—Es natural que así ocurra —explicó Lower—. Las corrientes marinas son aquí violentas. No es arriesgado opinar que los restos del naufragio e incluso las víctimas aparezcan a bastantes millas de distancia.

—Es lamentable todo esto —opinó Karlow interviniendo—. Pero lamentándolo no conseguiremos nada. Ante todo debemos poner en funcionamiento la emisora y enviar mensaje para que nos recojan.

—Muy acertado, Sidor —aprobó Irma aproximándose al grupo. Dirigió una rápida mirada a Lower, y agregó—: la isla está resultando poco acogedora y... peligrosa.

Lower sonrió silenciosamente. Le divertían interiormente aquellos extraños científicos dedicados a una investigación aparentemente tan pueril en aquel apartado islote.

—Su opinión es valiosa, señorita Polansky —le dijo—. Como profesora de Geología, ¿qué es lo que supone originó el fenómeno?

—No es tan fácil determinarlo —replicó ella—. Es indudable que sobrevino un movimiento subterráneo que originó el consiguiente corrimiento. Ahora bien... —quedó dudosa, como no encontrando la manera más fácil de explicarlo—. Me agradaría poder investigar en el fondo del lagón. Evidentemente, el mar ha originado el derrumbamiento del fondo, y sus aguas han formado la laguna. Por tanto, el lagón ha de tener una amplia puerta de comunicación con el mar...

—Muy interesante, Irma, todo eso. Mas ahora nos urge enviar los mensajes —decidió Karlow, interrumpiéndola.

—Hágalo, Karlow —dijo el profesor—. Comunique nuestra situación y solicite ayuda. Nosotros, mientras tanto, recogeremos los bártulos.

Karlow marchó al cobertizo donde estaba instalada la emisora. Lower siguió al profesor para ayudarle en la tarea. Irma solicitó la compañía de Sam para echar un vistazo por aquellos contornos, y «Furia» marchó junto con ellos.

Un grito de Karlow instantes después hizo llegar rápidamente al lugar en que éste se encontraba a Lower y al profesor.

Hallaron a Karlow demudado, con la vista fija en la parte posterior de la emisora, a la que señalaba en silencio.

—¿Qué ocurre, Karlow? —inquirió el profesor, alarmado.

—¡Inutilizada! ¡Ha sido inutilizada adrede!

—¿Adrede? ¡No es posible! ¿Quién podría...?

Rápidamente, Lower examinó la parte indicada por Karlow. En efecto, toda la instalación interior estaba destruida. Pero no

destrozada a golpes, sino más bien como si le hubieran aplicado algo capaz de fundir todo lo metálico.

—¡Vaya! —murmuró admirado—. Da la impresión de que le hubiera caído un rayo. Ni la más pequeña parte metálica ha quedado utilizable.

—Eso quiere decir —habló lentamente el profesor, tratando de dominarse— que nos hallamos totalmente incomunicados. ¿No es eso?

—Así es, profesor —afirmó Karlow con pesadumbre—. Pero... ¿quién pudo hacerlo? Alguien tuvo que quedar en la isla. ¡Hay que encontrarle! —terminó furioso.

—Cálmese, Karlow —recomendó Lower—. ¿Cree que un indígena pudo hacerlo? Además, ustedes me dijeron que todos abandonaron la isla. No... no han sido ellos. Más bien creo que se estableció un cortocircuito en su interior...

—Imposible —le atajó Karlow—. Hallé la emisora desconectada.

Lower le miró fijamente. No podía hallar una explicación lógica a todo aquello. Preguntó lentamente:

—¿Está seguro de ello?

—Completamente, fui a conectarla y hallé el cable carbonizado.

Mostró la cinta ennegrecida y miró con cierta insolencia a Lower.

—Bien —admitió éste—. En ese caso hay que suponer que alguien provocó la avería...

En aquel momento oyeron unos precipitados pasos en el exterior. En la puerta apareció Sam, jadeante.

—Señor —dijo dirigiéndose a Lower—; venga pronto. La señorita ha quedado junto a algo que descubrimos. Me pidió que les rogara acudiesen pronto.

Era la voz de Sam rápida y excitada. Lower, que conocía bien el temperamento del californiano, tuvo la convicción de que se trataba de algo fuera de lo corriente.

—¿Un descubrimiento ha dicho? —quiso saber el profesor—. ¿De qué se trata?

—Vayamos allá y lo sabremos —cortó Lower decididamente—. Adelante, Sam. Y usted, Karlow, lleve el fusil por si acaso.

Sin esperar más salió en seguimiento de Sam que ya había partido a pasos gimnásticos.

En los bordes del lagón, la tierra recién corrida había formado como una estrecha playa. En ella divisaron a Irma, inclinada como observando algo, mientras «Furia» lo olfateaba encrespando el lomo y gruñendo sordamente.

—Allí, señor —la señaló Sam sin dejar de correr.

Tras ellos, a no mucha distancia, también corrían Karlow y el profesor.

En rápidas zancadas llegó Lower junto a la joven.

—Fíjese, señor Lower —le dijo ella tan pronto le vio junto a ella—. Obsérvelo detenidamente y deme su opinión.

Lower se inclinó en silencio y estuvo observando lo que Irma le mostraba. Los otros llegaron instantes después y también se inclinaron para ver aquello.

En la arena húmeda aparecían huellas recientes. Eran huellas semejantes a las producidas por un pie humano, pero de mayor tamaño que éste. Se veían profusamente en aquel sector de la orilla, pero no más allá. Tenían la forma del talón y la planta, mas no aparecían las señales de los dedos y sí de dos separadas puntas unidas entre sí por algo como una membrana. Algo parecido a las huellas dejadas por alguna ave acuática gigantesca.

Lower se incorporó tras aquel examen y trató de sonreír a la joven. Los otros continuaban examinando las señales. Intentó Lower ocultar la sospecha que le asaltó al observar las huellas. Había visto anteriormente las señales dejadas en la arena por los equipos de «hombres-ranas».

—Mi opinión tal vez le haga sonreír, señorita. Pero todo hace suponer que sean huellas dejadas por tortugas gigantes.

—¿Tortugas? —ella trató de sonreír pero no pudo. Su rostro mostraba hallarse muy preocupada, casi atemorizada—. Le creía más observador. ¿Puede una tortuga caminar sólo con las patas traseras? Obsérvelas bien, señor Lower.

Karlow quedó en pie lentamente. Mostraba una leve palidez en el rostro que no pasó desapercibida para Lower. El profesor, mientras tanto, trataba de calmar al inquieto «Furia» que no dejaba de gruñir amenazadoramente.

Habló Karlow con lentitud. Y sus palabras resonaron con algo de solemnidad inquietante.

—Siento decirlo, señores, pero es mi opinión que debemos salir de aquí cuanto antes y como sea. Esas huellas —señaló con el índice hacia ellas— no coinciden con las de ningún animal terrestre ni marino conocido. Son enormes, y las señales dejadas por sus extremos demuestran que están provistos de fuertes y encorvadas garras a manera de potentes garfios. Caminan con sólo dos extremidades, como nosotros.

—¿Qué quiere decir, Karlow? —indagó el profesor.

—Quiero decir concretamente que el reciente fenómeno de la isla puede haber desplazado de sus ocultas guaridas a monstruos desconocidos por nosotros.

—Pero... ¡eso es ridículo, Karlow! —saltó Lower sin poder contenerse. Había algo en aquel hombre que no le agradaba—. ¡Monstruos! —rió nerviosamente.

—Puede pensar lo que quiera, Lower. No discutiría con usted sobre el mando de una nave; pero de profundidades submarinas creo que he visto algo más que usted —replicó Karlow evidentemente molesto.

El profesor Polansky, al ver el giro que tomaba la discusión, intentó poner fin a ella.

—Escuche, Lower —habló persuasivamente—. No es un imposible lo que acaba de exponer Karlow. Todo cuanto viene ocurriendo es extraordinario. ¿Por qué no aceptar esa conjetura?

—¡Monstruos! —exclamó sarcásticamente Lower sin dejarse convencer—. ¿Es que por unas huellas de tortuga u otro animal marino inofensivo vamos a dejarnos amedrentar?

—Lleva usted el asunto a un terreno impropio —le replicó Karlow con altivez—. Nadie ha dicho que esté amedrentado. Ahora bien, Lower, usted que parece ser tan decidido procure no temblar cuando contemple a uno de esos inofensivos animales.

—¡Por favor, Karlow! —rogó el profesor—. Cortemos esta absurda discusión que no conduce a nada.

Pero las anteriores palabras de Lower habían tenido la virtud de irritar profundamente al doctor. Sin hacer caso de las palabras del profesor, habló dirigiéndose a todos.

—Escuchen esto. Me atrevo a afirmar que esas huellas corresponden a animales de mucho mayor tamaño que el nuestro. La profundidad de las huellas así lo indica. Animales que viven en el agua, caminan sobre dos extremidades, y... ¡miren esto! —señaló hacia la arena— poseen otras dos extremidades con garras prensiles de las que se sirven como nosotros de las manos.

En el lugar señalado por Karlow se veían claramente las señales de unas garras hundidas profundamente en la arena. Un trozo de palmera que se hallaba próximo fue mostrado también por Karlow, y en él aparecían unos cortes producidos recientemente por las garras desconocidas, que hicieron estremecerse a todos.

—Pero, Sidor —intervino Irma, replicando a lo dicho por éste—, tus suposiciones las considero algo aventuradas. No dejan de tener una base lógica, pero para llegar a esas conclusiones son necesarios muchos más datos de los que poseemos. No dejan de ser una hipótesis.

—¡Irma! ¡Tú también lo discutes! —exclamó Karlow sorprendido e

irritado—. Tus conocimientos sobre piedrecitas se te han subido a la cabeza. No reconozco a nadie aquí con autoridad para discutir conmigo sobre esto.

—¡Sidor! —dijo ella, dolorida por la brutal réplica.

—Ya lo sabes. Cada cual a lo suyo. ¿Se convence ahora viendo esas señales? —Karlow se dirigió ahora a Lower con una mirada triunfante—. ¿Es acertado o no el salir pronto de aquí? Desde luego, puede quedarse quien desee ser destrozado por esos monstruos —agregó irónico mirando a Irma de soslayo.

—Nadie lo desea, supongo —murmuró Lower dubitativamente—. Pero me resisto a creer en la existencia de esos seres.

—Sea razonable, Lower —esta vez la voz de Karlow tuvo un tono conciliador—. Existen muchos fenómenos que escapan a nuestra comprensión. Y ahora —sonrió antes de proseguir—, escuche mi opinión. Esos animales nunca han sido vistos, y por lo tanto proceden de profundidades desconocidas o... de otro mundo.

Al oír aquella afirmación el rostro de Sam se animó con una sonrisa burlona. Incluso el propio Lower se sintió divertido extraordinariamente.

—¿De otro mundo? —indagó con interés fingido, que, no obstante, estaba impregnado de burla. En su fuero interno iba haciéndose la convicción de que, exceptuando a Irma, los otros parecían un par de chiflados. Agregó—: De veras que es usted de una imaginación admirable, Karlow. ¿Marcianos tal vez?

El aludido no respondió. Le miró intensamente a los ojos percibiendo la-burla que brillaba en ellos.

Y cuando Lower, sonriendo de su ocurrencia, giró la vista a su alrededor, esperando hallar eco, sólo halló el enfurruñado rostro de Irma y el gesto de preocupación del profesor Polansky, que le miraba reprobatoriamente.

Únicamente Sam reía abiertamente su salida irónica, y entonces Lower se sintió empequeñecido y al borde del ridículo. Porque la risa

de Sam le pareció idiota y extemporánea.

Ello le molestó, y queriendo salir airoso de aquella situación, dijo:

—Supongo, profesor, que también le resultará algo fantástica la suposición de Karlow.

—En absoluto —fue la asombrosa respuesta—. Confirma plenamente la teoría de Rusell, Bergen y otros científicos, de que en las profundidades submarinas están produciéndose metamorfosis desconocidas hasta ahora.

—¿Y ello sería debido...?

—Es problemático, pero sería una lógica explicación. Esas metamorfosis insólitas podrían ser producidas por elementos extraños u originadas artificialmente.

Un silencio sepulcral se abatió sobre el grupo tras las palabras del profesor, que adquirieron un tono profético. Lower creyó estar soñando al penetrar su significado.

—¿Artificialmente? —balbuceó, confuso—. ¿Y por quiénes...?

—Por seres enigmáticos no conocidos. Con inteligencia y voluntad capaces de provocar esas metamorfosis para sus ocultos fines.

—Pero ¡eso es absurdo! —intentó reaccionar Lower.

—Considérelo como quiera. Ojalá algún día no tenga el mundo que lamentar haber permanecido impasible o ajeno a estos fenómenos.

El día estaba avanzado. El grupo inició la marcha hacia el campamento en un silencio sobrecogedor, pleno de sombríos presagios.

Hasta «Furia» caminaba junto a su ama sin mostrar su fiereza característica. Husmeaba de continuo y volvía con frecuencia la cabeza en dirección al lagón que dejaban atrás, emitiendo temerosos y lúgubres aullidos.

Irma caminaba con la cabeza baja, ensimismada en sus

pensamientos, y mostrando en su rostro toda la humillación que le había producido la anterior escena con Karlow.

# CAPÍTULO V

## Amenaza desconocida

Casi toda la tarde estuvieron dedicados a planear lo conveniente a fin de abandonar la isla con las mayores probabilidades de éxito. Al final, decidieron dejar la partida para el día siguiente al amanecer.

Con gran pesar por parte del profesor Polansky hubieron de abandonar la idea de embarcar parte del resultado de sus investigaciones. Quedaba la esperanza, según opinión de Lower, de poder regresar más adelante. Los informes que el profesor podía dar de los fenómenos ocurridos en la isla, animarían a otros científicos norteamericanos a realizar una exploración con elementos adecuados.

Así, pues, cuando las primeras tintas de la noche parecían ceñir con un velo los contornos de la isla, ya tenían separados los escasos útiles que habrían de embarcar.

Insensiblemente, Lower había asumido la dirección de aquella arriesgada empresa. Todos estuvieron de acuerdo que, para ello, nadie mejor que el Oficial de marina.

Irma observaba para con él una actitud poco comunicativa, que a Lower se le antojaba extraña. Cuando terminaron de dar cuenta de la frugal cena, tuvo la explicación.

El profesor, lamentándose de la terminación imprevista de las investigaciones, agregó sonriendo:

—Alguien, sin embargo, se alegrará de ello.

—No lo crea —le replicó Karlow—. Siento tanto como usted que no prosigamos. Y creo que Irma también.

Ella volvió la cabeza con gesto de enfado. Era perceptible a simple vista que su amor propio aún continuaba dolorido por las palabras de Karlow.

Los miraba Lower sin comprender exactamente lo que querían decir. Dándose cuenta de ello, el profesor le explicó:

—Mi hija y Karlow son prometidos. Iban a contraer matrimonio por la fecha en que se organizó esta misión. Aplazaron para el término de ella el celebrar la ceremonia.

—Comprendo —dijo Lower, y algo muy molesto le prendió en el corazón. Le irritaba imaginar a la linda Irma unida a un hombre como Karlow, áspero y dominante—. Mi felicitación anticipada.

Miró hacia la joven y le pareció verla ruborizarse. Pero tal vez fuera producto de su imaginación.

—Celebraremos el matrimonio en Polonia —manifestó Karlow—. No obstante, volveremos de nuevo a estos lugares.

No sintiéndose comunicativo, Lower se encerró en un mutismo que hizo languidecer la conversación.

Al poco rato se disculpó y salió al exterior. Dio un corto paseo y tomó asiento en un tronco derribado. Encendió un cigarrillo y aspiró con lentitud el humo. El adormecedor arrullo de las olas llegaba hasta él como una música lejana. Alguien se le aproximó en la sombra. Era Sam.

—Señor —le dijo—, ¿no sería conveniente montar alguna vigilancia, esta noche? Confieso que esos bichejos de uñas largas no dejan de inquietarme.

—No deben preocuparte mucho, Sam. Estos científicos son algo... fantásticos —le recomendó Lower distraídamente.

—Pero esas huellas... Las hemos visto —objetó Sam.

No respondió Lower. Le molestaba todo aquello y estaba deseoso de salir de aquel lugar y encontrarse de nuevo en el puente de un buque. Sus pensamientos volaban lejos de allí, intentando explicarse lo ocurrido al «Giggler». Luego, sus ideas iban aproximándose hasta el momento actual, y entonces todo giraba alrededor de una esbelta figura de cabellos dorados y ojos de profundo color azul.

Luchaba contra sí mismo. No era posible. Apenas habían transcurrido unas horas desde que la conociera. Poco antes era una desconocida e ignorada mujer. Pero presentía en ella todo un caudal de ternuras y dedicación absoluta que él siempre había soñado.

Amaba a aquella mujer. Callada y apasionadamente, contra toda lógica, pero la amaba. Hubo de confesárselo interiormente con amargura. Rápida e inesperadamente su corazón había sido prendido en el encanto de aquellos ojos maravillosos.

Sam continuaba junto a él. Le hablaba quedamente.

—He podido hacerme con este cuchillo de monte. Hay algunos en la cabaña, y arpones también. Con ellos y con el fusil podríamos hacer frente a esas bestias caso de atacarnos...

El californiano estaba sugestionado evidentemente por la explicación del doctor Karlow.

—No insistas, Sam —le atajó Lower, impaciente—. Si lo deseas puedes montar el primer turno de guardia en el campamento. Cuando te canses, avísame para que te releve. Lo comunicaré a Karlow para que también haga su turno.

—Bien, señor; voy a pedirle el fusil.

—Aguarda, Sam. He visto unas cajas de bengalas. Recoge algunas y presta atención por si distingues las luces de situación de algún buque, para lanzarlas y llamar su atención. En nuestra situación es mucho más interesante vigilar el paso de algún navío que a todos esos animales fantásticos de que hablan...

Sam marchó como una sombra. Pocos instantes después, Lower distinguió su silueta adentrándose entre las palmas.

Los demás estarían disponiéndose a descansar. Lower no sentía cansancio alguno. Pese a las pasadas vicisitudes, su fuerte naturaleza había reaccionado admirablemente.

Con gesto maquinal se llevó una mano al vendaje de la cabeza. Resultaba extraño, mas no sentía dolor ni molestia alguna. Pensó por un instante pedirle a Karlow al día siguiente que le cambiase el

vendaje.

—¿Le molesta la herida?

La inesperada pregunta sobresaltó a Lower. Retiró vivamente la mano de la cabeza. Irma estaba junto a él. Se le había aproximado sin él notarlo, apagados sus pasos por la arena.

—No; no me molesta en absoluto —respondió—. Su prometido el doctor Karlow es un verdadero experto.

—Sí; es muy hábil, en efecto —admitió ella—. La jornada ha sido agotadora, y la próxima...

—Más que las dificultades pasadas, le preocupa el porvenir ¿no es eso? No se preocupe. Todo se solucionará favorablemente.

Hubo una corta pausa. Él, sin mirar hacia Irma, la sentía muy próxima.

—Me ocurre con usted algo extraño, señor Lower —la voz de ella le llegó como un grato murmullo—. Es usted para mí un desconocido, y, a pesar de ello, me infunde gran confianza.

—Gracias. Intentaré no defraudarla.

—Estoy segura de ello. Es una confianza que... ¿cómo se lo explicaría? Que no me ha infundido nunca... Sidor.

Algo se tensó repentinamente en el interior de Lower. No respondió de momento. La emoción le atenazó la garganta. Intentó dar a su voz una entonación sorprendida pero indiferente.

—¿Sidor? Supongo se refiere al doctor Karlow, su prometido.

—A él me refería... Discúlpeme; estoy aburriéndole con mis propios asuntos. Estoy muy cansada y deprimida. Buenas noches.

Dio media vuelta precipitadamente y comenzó a alejarse. Al volverse Lower, distinguió la silueta de la joven a contraluz del cielo estrellado.

—¡Un momento, señorita Polansky! —y ella se detuvo instantáneamente.

Él se le aproximó quedando un paso tras ella.

—¿Por qué me lo ha dicho? —le preguntó.

Ella no respondió de inmediato. Lo hizo algo después con voz trémula.

—Porque estoy desolada, señor Lower. Temo que voy a ser muy desdichada.

—Temo no comprender. ¿Hace referencia a sus relaciones con Karlow?

Irma asintió silenciosamente. Lower le aconsejó:

—Dígaselo así a él. Sabrá comprenderlo. Incluso su padre puede aconsejarla.

Ella movió la cabeza negativamente.

—Mi padre le admira. Hizo presión en mí para que le aceptara. Mi profesión me ocupó todo el tiempo en estudiar. No soy lo que se dice una experta en... coquetear. Al principio no me resultó desagradable, y le acepté como cosa muy natural. Pero he llegado a tener miedo. No sería feliz junto a él. Lo sé.

No hizo Lower ningún comentario. Percibía la respiración anhelante de Irma. Estaba admirado de aquella extraordinaria confidencia, y presentía que ella aún no había terminado.

—Últimamente estaba decidida a explicárselo a Sidor. Es de carácter violento y temí su reacción. Sentí temor de que se considerara vejado y tomara alguna decisión irreparable.

Tomó una pausa antes de continuar. Sólo llegaba hasta ellos el apagado rumor del mar.

—Al ser organizada esta misión recibí mi designación con alegría. La convivencia con él varios meses en estas apartadas regiones tal vez hiciera posible el comprendernos mejor. Pero ha resultado todo lo contrario. Finalmente, he llegado a tener la certeza de que nunca le amaré...

Un apagado sollozó le cortó la frase.

—¡Irma! —la prendió él de un brazo, alarmado. Sin darse cuenta la había nombrado por su nombre de pila—. ¿Llora usted? ¡Cálmese, por favor!

Ella se volvió hacia él con los ojos rebosantes de lágrimas. Le pareció a Lower que brillaban miles de estrellas en aquellas pupilas maravillosas.

—Y... ¿desde cuándo ha llegado a esa certeza? —le preguntó, venciendo la emoción que le ahogaba.

Sintió la cabeza de ella apoyarse en su hombro. La voz brotó como una armoniosa nota para los oídos de Lower.

—No sé... ¡Dios mío! No puedo saberlo... ¿Cree tan necesario que... se lo explique?

Todo pareció girar ante los ojos de Lower. ¡Estaba soñando! Prendió la cintura de ella y le alzó el rostro con la otra mano.

Ella le envió una tan radiante mirada que Lower ya no tuvo duda de su inesperada felicidad.

Mas de improviso, el silencio nocturno fue desgarrado por un grito largo, ululante y angustioso, que les estremeció como una amenaza escalofriante.

En el campamento resonaron los furiosos ladridos de «Furia» y las voces excitadas del profesor y de Karlow.

Lower arrastró de un brazo a Irma, corriendo rápidamente hacia el campamento. Hallaron a Karlow armado de un fuerte arpón en actitud de vigilancia desorientada.

—¿Qué ocurre? —indagó al ver llegar a los dos—. ¿Quién gritó?

«Furia» brincó de contento junto a su ama. El profesor apareció en la entrada de la cabaña con gesto alarmado. También empuñaba un arpón.

—Alguien gritó —dijo—. ¿Ha sido alguno de ustedes?

—No; no lo hicimos —negó Lower. Él también estaba intranquilo —. Queda Sam, que vigilaba en las afueras del campamento. ¡Sam!

—gritó con todas sus fuerzas—. ¡Sam!

La llamada se perdió en la noche sin ninguna voz que le respondiera.

—¡Pronto! —apremió Lower—. Algo ha ocurrido a Sam. Hay que intentar prestarle ayuda. Deme ese arpón —cogió el que sostenía el profesor—. Quédese junto con su hija en el campamento y vigilen atentamente. Griten si ocurre algo. Nosotros, Karlow, saldremos en busca de Sam.

—Tome este cuchillo —le ofreció el doctor entregándole un fuerte cuchillo de monte—. Puede ser necesario. Yo tengo otro.

—En marcha.

Penetraron en la sombra de los palmerales. Las hojas caídas entorpecían la marcha. Por aquel lugar había visto Lower cómo se adentraba Sam anteriormente. Llegaron a un pequeño claro. El haz de luz de la linterna de Karlow mostró en la arena las huellas dejadas por Sam y el lugar en que estuvo sentado. Prosiguieron la búsqueda. De vez en cuando, Lower lanzaba una llamada, sin conseguir respuesta.

Las pisadas continuaban en dirección al lagón. Éste aparecía tranquilo, reflejando sus aguas las miríadas de estrellas y el disco de la luna que comenzaba a elevarse.

La visión se hizo más clara. Avanzaron con rapidez, pues las huellas eran más perceptibles y resultaba más fácil el seguirlas.

Junto a un montículo arenoso descubrieron la señal dejada en la arena por el tendido cuerpo de Sam. El corazón de Lower saltó en el pecho.

Reconocieron el lugar donde Sam estuvo tendido. Karlow se inclinó sobre la reciente huella.

—Vigilaba el lagón —determinó, incorporándose.

—Algo debió llamar su atención. ¿Estará oculto por aquí? ¡¡Sam!! —llamó de nuevo.

Siguieron las pesquisas. Las señales de los pasos que llegaban

hasta la misma orilla, y allí...

—¡Mire, Lower! —gritó Karlow con excitación—. ¡Mire esto!

Ante ellos, la tierra removida mostraba señales de una furiosa lucha. No se rindió Sam sin ofrecer salvaje resistencia. Un gran sector estaba hollado por multitud de huellas confusas que denotaban la movilidad y ardor de los contendientes.

La emoción embargaba a Lower. ¡Desgraciado Sam! ¿Quiénes habrían sido sus atacantes? La incertidumbre y el temor hicieron presa en él ante lo que pudiera haberle ocurrido a su compañero.

Karlow se dedicaba a reconocer las huellas, ayudado con la linterna.

Se había alejado unos pasos cuando llamó de nuevo la atención de Lower. Su voz indicaba la gran emoción que le poseía.

—¡Acérquese, Lower! ¡Esto es espantoso!

Con una indescriptible sensación de angustia, se aproximó al lugar en que se hallaba Karlow.

—¡Mire! —éste le mostraba unas manchas negruzcas en la arena —. ¡Sangre!

Como hipnotizados quedaron los dos hombres mirando la prueba del terrible fin de Sam. Sobre la arena se veía la señal de un cuerpo tendido, y luego... ¡el surco dejado por sus piernas al ser arrastrado el cuerpo hasta el lagón!

¡Y a los lados del trágico surco, como enigmáticos guardianes de siniestra comitiva, las claras huellas de los seres desconocidos!

Pasado aquel instante de estupor, exclamó Lower:

—¡Cielos! ¡Lo han arrastrado al agua! ¡Malditas bestias!

—¡Fíjese allí! ¡El fusil!

Se inclinaron para recogerlo.

Mas no lo hallaron completo. Estaba destrozado, total y materialmente hecho pedazos; como si hubiera sido partido como una

caña por manos de titán.

Observaron la parte correspondiente a la culata.

¡Ésta mostraba los profundos y limpios cortes producidos por las terribles garras que la prendieron!

# CAPÍTULO VI

## El poder invisible

Los dos hombres se miraron mutuamente en silencio. Estaban sobrecogidos ante el peligro desconocido.

Lower tomó un puñado de la arena ensangrentada y la contempló a la luz de la linterna durante cerca de un minuto. Aún estaba fresca. Después, crispando lentamente la mano, de la que se derramó parte de la arena, fijó los ojos duramente en el lagón. Tenía las mandíbulas contraídas de sordo furor. Se sentía impotente ante lo sucedido. Y un ansia loca, homicida, fue apoderándose de él, ansiando descargarla en aquel «algo» causante de la desaparición de Sam.

Dio unos pasos hacia el agua y quedó inmóvil contemplándola ensimismado en un silencio amenazador. Karlow también guardaba silencio mientras observaba los movimientos de Lower.

Tras unos instantes, éste se volvió con calma. Una fría decisión brillaba en sus pupilas de reflejos acerados.

—Karlow —comenzó diciendo, y hasta él mismo se asombró de la tranquilidad con que lo hizo—; estamos ante un caso desgraciadamente irreparable. Sam ha sido atacado, muerto tal vez, y luego arrastrado al lago. No cabe duda, pues, de que ha perecido.

Karlow asintió con un movimiento de cabeza.

—Estas bestias capaces de atacar a un hombre tan fuerte como Sam —prosiguió Lower— han de poseer fuerza y fiereza extraordinaria para vencerle. Usted llevaba razón en lo que dijo.

Quedó pensativo durante unos segundos y continuó:

—Urge obrar con cierta rapidez. Tenemos proyectada la salida de la isla al amanecer. Aún cuando así lo hagamos, opino que debíamos desalojar el campamento esta misma noche.

—¿Desalojar el campamento? —preguntó Karlow extrañado—. ¿Qué fin persigue con ello?

—Preste atención. Esas bestias ya han atacado a uno de nosotros. Es probable que intenten un nuevo ataque, envalentonadas por el éxito. ¿Y si pueden husmearnos o descubrir de alguna manera las instalaciones, y atacan el campamento?

—No es imposible lo que acaba de decir —admitió reflexivamente Karlow—. Diga cuál es su plan.

—Llegar rápidamente al campamento y retirar lo indispensable; es decir, los alimentos e impedimenta que hemos de embarcar. Después buscaremos refugio en el bosquecillo de palmeras desde el que podremos vigilar el lagón. Más vale estar prevenidos que sufrir un ataque por sorpresa. Estoy intranquilo sin saber por qué. Esperaremos el día para hacernos a la mar.

—Admitido. Mas me sorprende que adopte las mismas precauciones que si se tratara de seres...

No terminó el pensamiento. Quedó en silencio repentinamente y su rostro adquirió un gesto de terror irreprimible.

—¿Qué le ocurre? —quiso saber Lower—. ¿Qué quiso decir?

—¡Oh! Nada... nada —esquivó Karlow la respuesta.

Mas su rostro desmentía tal negativa. Lower le prendió un brazo y lo movió con brusquedad. Lanzó una afirmación casi al azar, intuitivamente.

—Sí. Algo ha debido pensar que le ha aterrorizado. Algo relacionado con todo esto. ¿Qué es?

Karlow quedó indeciso. Se le veía luchar entre hablar o guardar silencio. Tal vez temiendo cómo serían recibidas sus palabras.

Al fin, con gesto apesadumbrado, murmuró:

—Es cierto, Lower; me ha asaltado un terrible pensamiento. De ser cierto... ¡sería espantoso!

La paciencia de Lower llegó a su fin. La sorda rabia que le dominaba desde la desaparición de Sam, y por otra parte aquel algo interior que le impulsaba a la acción, le hizo estallar. Habló rápida y duramente.

—¡Acabe de una vez, por mil diablos! ¿Cree que podemos estar así toda la noche? ¡Diga lo que sea de una vez!

—Marchemos al campamento ahora mismo. Allí lo explicaré. ¡Vamos!

Y, con repentina premura, Karlow se lanzó a correr, seguido por el perplejo y enfurecido Lower, que, perdido el control de los nervios, lanzaba imprecaciones nada académicas mientras corría.

—¡Estúpidos! ¡Locos! ¡Eso es lo que son! ¡Unos chiflados que van a volverme loco también!

Cuando llegaron jadeantes al campamento, les salió al paso el profesor muy alarmado. Irma se les aproximó inmediatamente.

—¿Y Sam? —indagó con un interés no exento de angustia.

En una rápida mirada se había dado cuenta de que sólo regresaron los dos.

—¡Es horrible! —se lamentó Lower—. Ha desaparecido. Y en la orilla del lagón hallamos sus huellas y manchas de sangre.

—¡No! —gimió ella—. ¡Qué horror!

—Desgraciadamente, así es. Fue atacado por las bestias cuyas huellas descubrimos durante el día.

—¡Cómo! —exclamó el profesor, admirado—. ¿Están seguros de ello?

—¡Dejémonos de preguntas y más preguntas inútiles! —gritó Lower, exasperado—. ¡Sí! ¡Sépanlo de una vez! Sam ha desaparecido herido o muerto, ¿comprenden? ¡Herido o muerto! —habló atronadoramente—. Y ahora urge salir de aquí antes de que nos

llegue el turno.

Fue seco y brutal. El profesor y su hija quedaron espantados viéndole en aquel estado. Pero la desaparición de Sam y la aparente falta de acción de aquellos hombres colmaba a Lower de furor.

—¡Pronto! —ordenó con dureza señalando a la cabaña—. Recojamos todo eso y ocultémonos en el bosquecillo de palmeras. Usted, señorita, quede aquí vigilando.

Como autómatas le obedecieron Karlow y el profesor. Su acento enérgico les había sugestionado, y el dinamismo que irradiaba todo él contagió a aquellos científicos de lentas decisiones en momentos de peligro.

La marcha hasta el bosquecillo fue precipitada y sin cambiar palabra. Se respiraba un ambiente tenso que presagiaba un peligro desconocido.

Lower halló un lugar elevado apropiado para acampar, desde el que se divisaba el lagón y el campamento a la perfección. Colocaron los fardos en el centro de una ligera hondonada y ellos quedaron sentados, apoyando las espaldas en ellos y respirando fatigosamente por el esfuerzo realizado.

—Y ahora —dijo Lower al recuperar el aliento— puede decir lo que tenga en la cabeza, Karlow. No creo que sea momento para andarse con rodeos. ¿Qué es ello?

Tanto el profesor como Irma fijaron la vista en Karlow con sorpresa. No sabían a qué se refería Lower.

Karlow se humedeció los labios con la lengua. La luz de la luna, al iluminar su rostro, mostró a todos que se hallaba lívido.

—Profesor —comenzó, dirigiéndose a éste—; usted sabrá comprenderme exactamente. Y perdóneme, Lower, por hablar con esta franqueza.

—Déjese de cumplidos y vaya rectamente al asunto —le apremió éste con palabras rápidas.

—Bien; así lo haré. ¿Recuerda, profesor, las investigaciones de Rusell sobre el plancton marino?

El profesor movió afirmativamente la cabeza.

—¿Recuerda su teoría de que algunos de esos seres se metamorfoseaban de...?

—De tales formas maravillosas y extraordinarias que hacía pensar... —completó la frase el profesor. De pronto quedó callado, con expresión de pasmo. Preguntó después, lenta y profundamente—: ¿Es ahí donde quiere ir a parar, Karlow?

—Exactamente. ¿Y si esos... —señaló hacia el lagón— fueran el final de una sucesión de metamorfosis...? ¿Y si procedieran de otro planeta?

—¡Imposible! —saltó el profesor impulsivamente. Mas luego, aplanado, murmuró—: Es decir...

—Imposible, no. Tan sólo que hasta ahora no eran conocidos —rectificó Karlow con voz extrañamente profética.

—Sí... No eran... conocidos —tartamudeó el profesor evidentemente sobrecogido. Parecía haber envejecido súbitamente.

—¿Podremos saber al fin —intervino Lower, empleando el mismo acento tolerante que si se dirigiera a chicos traviesos y desobedientes— algo concreto?

Su voz adquirió de pronto un tono que hacía temer un inminente estallido de furia.

—¿A qué diablos se refieren?

Estaba decidido a tratar a aquellos hombres como lo que imaginaba que eran: unos estúpidos maniáticos. Había llegado al límite de las contemplaciones.

—Perdone, señor Lower —comenzó a disculparse el profesor.

Bruscamente, la mano de Lower presionó en la boca del profesor impidiéndole hablar.

—¡Cállese ahora! —susurró la voz de Lower como un soplo—. ¡Ocúltense!

Cogió de un brazo a Irma y la obligó a tenderse junto a él en la arena. Los otros le imitaron.

—¡Miren hacia el lagón! —advirtió con voz como un aliento.

En efecto, de las tranquilas aguas del lago parecía estar brotando la más extraña procesión que pudieran haber visto ojos humanos.

El pálido reflejo lunar les prestaba apariencias fantasmagóricas a aquellas figuras de pesadilla.

En la orilla, formando un extraño grupo, cuatro seres monstruosos parecían aguardar la aparición de otros brotados del agua.

Unos tras otros fueron apareciendo hasta cinco de aquellos seres extraordinarios. Aún a la distancia en que se hallaban, los que estaban ocultos pudieron distinguir algunas de sus horribles características.

Eran altos y voluminosos, sin armonía de formas, como enormes jarrones de abultada panza. Del reborde superior les brotaban dos largos tentáculos que terminarían, probablemente, en temibles garras.

La luna arrancaba reflejos metálicos del caparazón que constituía el cuerpo. Se movían con movimientos oscilantes, algo parecido a la torpe marcha del pingüino.

Las cinco últimas figuras se unieron al grupo de cuatro que ya aguardaba en la orilla.

Y entonces, los que se hallaban ocultos en el bosquecillo sintieron un estremecimiento recorrerles los huesos. Porque uno de aquellos seres era extraordinariamente alto y bien proporcionado, y poseía todas las características de un ser humano, si bien su estatura era desconocida en la Tierra lo enjuto de su cuerpo sobrecogía también.

Este ser ejecutó unos rápidos movimientos con los brazos, y los otros, como obediente rebaño, se colocaron en fila y avanzaron tras de él.

La extraordinaria comitiva se dirigió hacia el bosquecillo de palmeras, guiada por su escalofriante jefe.

Al llegar a su altura, rodearon la pequeña eminencia.

—Se dirigen al campamento —susurró Lower incrustándose más en la arena.

—Eso parece —le llegó la voz de ella—. ¡Dios mío! ¡Qué noche de pesadilla!

—Silencio.

El grupo pasaba más próximo a ellos. No podían distinguirlos, pero hasta ellos llegaba la extraña y repulsiva respiración. Ruidosa y repugnante, semejaba él trompeteo que producen algunos cefalópodos al ser sacados del agua.

Lower mantenía prendido un brazo de Irma y notó el estremecimiento de horror que la recorría.

—No tema —la animó—. No pueden descubrirnos.

El ruido de los pasos fue aminorando. Lower se incorporó a medias, y lo mismo hicieron Karlow y el profesor. No querían perder de vista los movimientos de aquellos seres desconocidos cuando llegaran al campamento.

Las siluetas llegaron a las proximidades de éste. Quedaron detenidos, contemplándolo evidentemente. La elevada figura del jefe avanzó sola. Mas no llegó al campamento. Quedó detenido a escasa distancia de él.

Y entonces ejecutó un rápido movimiento con un brazo. La horda que le seguía se desplegó en abanico y tomó posición como para atacar.

Pero no resonó ningún estampido ni cosa parecida. Sin una voz, sin un movimiento brusco, como ejecutando una maniobra previamente ensayada, se tendieron todos en tierra.

Inmediatamente después brotaron, sucesivos y rápidos, varios vivísimos y deslumbradores relámpagos de intensa luz azul. Lower

recordó instantáneamente las lumbraradas lanzadas por el submarino que los hundió.

Del lugar en que estaba emplazado el campamento brotó una nube de humo blanquísimo que se elevó en la noche como un siniestro aviso.

Rápidamente se disipó. Y entonces pudo verse la terrible eficacia del ataque.

En el lugar que ocupaba el campamento no quedaba otra cosa que una ancha franja desprovista de todo atisbo de vida.

¡Estaba asolado, arrasado, total y absolutamente!

# CAPÍTULO VII

## Ataque en la noche

Una mezcla de estupor y espanto los dejó inmovilizados. ¡Aquellos seres disponían de elementos destructores! ¡Y los empleaban contra ellos!

Los sordos gruñidos de «Furia», tendido junto a Irma, intranquilizaron a Lower. Temía algún ladrido o movimiento imprevisto del animal que los denunciara a los desconocidos.

En aquellas circunstancias no les era posible otra cosa que esperar el desarrollo de los acontecimientos. No contaban con otras armas que los arpones y los cortos cuchillos, y era ridículo imaginar que con ellos podrían hacer frente al grupo tan superior en número.

Esperaron. No les quedaba otra solución.

Vieron, en un estado de sorpresa que les paralizaba, cómo el que capitaneaba al grupo los dirigía ahora hacia el cobertizo en que se encontraba la lancha.

Un nuevo y fulgurante resplandor les dio a conocer el final de su único medio de huida. ¡Estaban perdidos! ¡Aislados en aquel atolón y a merced de una horda desconocida y feroz!

Quedaba aún la incógnita de aquel jefe que los dirigía. No era una bestia como las otras, desde luego; todo le hacía suponer un hombre. ¡Un hombre!

Lower sonrió amargamente de sus pensamientos. ¡Un hombre! «Aquello» parecía ser un hombre, aunque... ¡No era posible! Pese a él, en contra de su voluntad, que se rebelaba con todas sus fuerzas, hubo de ir rindiéndose ante la evidencia. Tanto aquellas bestias desconocidas como el «hombre» que las mandaba... ¡no eran de la Tierra! ¡Debían ser seres feroces e inexorables llegados de otro mundo!

Miró de soslayo a Karlow y vio que el doctor también se hallaba perplejo y desconcertado. El temblor del brazo de Irma también denotaba el grado de excitación y temor en que se hallaba la joven.

El grupo atacante, una vez cumplida su misión destructora, efectuó un rápido reconocimiento por los alrededores. No hallando otras instalaciones, emprendieron el regreso, dirigiéndose hacia el bosquecillo para contornearlo.

Un leve siseo de Lower advirtió a los demás de que se aproximaban. Se adosaron todos sobre la arena sintiendo que la emoción los ahogaba.

Ya el paso de la comitiva era perfectamente perceptible, y también un desagradable gorgoteo producido por sus gargantas, que Lower imaginó fuese el medio con que se comunicaban entre sí.

Por entre las palmeras pudieron ver la alta y seca silueta del jefe precediendo al grupo.

De pronto, Lower se sintió sacudido por un escalofrío de temor. ¡Aquel hombre había ordenado detenerse al grupo! ¡Y observaba el bosquecillo con una profunda atención!

Lower empuñó decididamente el arpón e hizo señas a los demás para que se dispusieran a la defensa. Habían sido descubiertos, o, por lo menos, el individuo alto mostraba gran interés por aquel lugar.

Efectivamente, el otro se adelantó sólo unos pasos, adentrándose

entre los palmerales. Atisbaba minuciosamente cada lugar, como el cazador buscando la pieza.

Llegó en su búsqueda hasta unas cincuenta yardas de donde se hallaban escondidos Lower y sus compañeros. Éstos guardaban un silencio e inmovilidad absolutos. Irma tenía prendido con una mano el hocico de «Furia» que parecía comprender el peligro.

A aquella distancia, Lower pudo ver bien al otro. La luna lo iluminaba plenamente, y entonces Lower tuvo la seguridad de que no se trataba de un ser terráqueo.

El alto cuerpo, desnudo y apenas cubierto por un breve taparrabos, mostraba unos músculos tensos y como sarmentosos, dando el aspecto de una piel viscosa como la de los reptiles.

El rostro, aquilino y satánico, de grandes pupilas sobresalientes y nariz achatada y deforme, resultaba, a la fantástica luz de la luna, el más espantoso rostro arrancado a una atroz pesadilla.

Y sobre todo ello, alucinante, el color de la piel. Verde; con ese verdor de la piel de los reptiles y con reflejos metálicos, como si se tratara de un ajustado traje que lo cubriera totalmente.

Una vez abarcó con su inquisitiva mirada todo aquel espacio, el hombre monstruoso lanzó un corto resoplido y volvió sobre sus pasos encaminándose hacia el grupo.

—Menos mal —respiró Lower, tranquilizado—. Creí que nos descubriría.

Su mano aún empuñaba firmemente el arpón. Karlow, también prevenido, susurró:

—Todavía no podemos considerarnos a salvo. Se ha reunido con la horda y parece que deliberan.

Mas aquellos seres reanudaron la marcha y pronto dejaron de ser vistos.

Esperaron, anhelantes, a divisarlos en el espacio en claro que existía entre el bosquecillo y el lagón. Los minutos parecían alargarse

mortalmente. Ni un rumor, ni el menor sonido, turbaban aquel silencio solemne. El apagado rumor del mar parecía acrecentarlo.

De pronto, por lugar distinto a aquel en que esperaban ver al grupo, algo resonó en las sombras, lanzando un débil lamento.

Instantáneamente, venciendo el esfuerzo de Irma por contenerle, saltó «Furia» fieramente y lanzó un ladrido de desafío.

Un frío mortal invadió el corazón de Lower. ¡Maldito animal! Trató de asirlo, pero «Furia», gruñendo amenazadoramente, enderezó las orejas dirigiendo su mirada hacia el lugar de donde brotó el sonido.

Algo vibró en el aire. Fue algo invisible y veloz que produjo el mismo sonido que el rápido vuelo de un insecto.

«Furia» lanzó un aullido de agonía y se desplomó junto a Irma, sacudido su cuerpo por mortales estremecimientos.

Antes de que pudieran descubrir el motivo de la caída de «Furia» y aún antes de que saliesen de su estupefacción, se vieron rodeados por las bestias que iban estrechando su cerco amenazador.

De rápida ojeada se dio cuenta Lower de la situación. Ésta era desesperada. Vio, a escasa distancia y fuera del cerco formado por los monstruos, el rostro impasible y feroz del hombre que los dirigía.

—¡En pie! —gritó incorporándose de un salto—. ¡Nos atacan!

Una de aquellas bestias avanzó hacia él. Lower descargó un terrible golpe con el arpón sobre el cuerpo deforme. Sintió hundirse la aguda punta en la blanda masa que apenas ofrecía resistencia.

Recibió un fuerte golpe en la frente que le puso al borde del desvanecimiento. Tiró violentamente del arpón y descargó nuevos golpes sobre sus enemigos.

Las fuerzas le fallaban. Oía a su alrededor jadeos y rumores de lucha. Karlow y el profesor se defendían bravamente.

Mientras luchaba, pensaba Lower en Irma. Trató de verla y no lo consiguió en aquel revoltijo de cuerpos que luchaban en la oscuridad del bosquecillo.

Algo cálido y viscoso comenzó a resbalarle por el rostro, cegándole. La herida había sido abierta por el golpe recibido y sangraba abundantemente.

Redobló los golpes con furia incontenible. Otro de los atacantes le golpeó en la espalda con algo contundente que enzarpaba. Se volvió Lower y le dirigió una terrible cuchillada. Desgarró «aquello», pero las heridas no parecían ser notadas por los monstruos, pues no cejaban en su ardor combativo.

Con angustia, notó Lower que las fuerzas iban faltándole. De un momento a otro le vencerían.

—¡Irma! —llamó angustiosamente, temiendo por la joven.

Le respondió un ahogado grito que pareció inyectarle energía. Intentó desasirse del abrazo de uno de sus enemigos, y notó las desgarraduras de las zarpas en la espalda.

Pasó rabiosamente su antebrazo por los ojos tratando de limpiarse la sangre. Por unos segundos pudo ver a Irma luchando desesperadamente por librarse de uno de aquellos terribles enemigos.

Avanzó hacia ella en un último esfuerzo por defenderla.

—¡Karlow! —gritó roncamente sintiéndose flaquear—. ¡Irma está en peligro! ¡Sálvela!

Nadie respondió. Los rumores de la lucha iban cesando. Sólo él se batía frenéticamente con ellos. Pero inútilmente también. Los demás iban siendo dominados.

Clavó el arpón en el que aprisionaba a Irma, y éste, rabiosamente, se volvió descargándole un golpe en pleno rostro.

Lower vaciló por efecto del dolor. Otro segundo y brutal golpe asestado en el estómago le dobló sobre sí mismo.

Y antes de que pudiera recuperarse, le cayeron encima dos masas blanduchas y repugnantes, que parecieron adherirse a él.

A tiempo de oír un grito angustioso de Irma, Lower recibió un último y definitivo golpe en la nuca, que le sumió en la nada.

Minutos después, los desconocidos y nocturnos enemigos llevaban entre ellos, en dirección al lagón, los inanimados cuerpos de Lower y de los componentes de la misión Polansky.

## CAPÍTULO VIII

### La base submarina

Un sordo rumor, profundo pero potente, fue lo primero que llegó a los oídos de Lower al recuperar el conocimiento.

Se hallaba en un angosto recinto parecido a una pequeña cripta. Un largo y estrecho respiradero o chimenea le dejaba llegar una tenue claridad del exterior. Se respiraba un ambiente húmedo y salobre. Todo a su alrededor estaba húmedo, más bien chorreante.

Con lentitud fue asimilando y clasificando los sonidos que llegaban hasta él. Predominaba aquel rumor intenso, subterráneo; pero, una vez acostumbrado a él, podían percibirse otros distintos. Uno de ellos era el gotear continuo sobre la piedra.

Lower palpó en la penumbra y sus manos hallaron pequeños charcos en sus proximidades.

Recordó la herida de la frente y llevó la mano hacia ella. La tenía cubierta por una especie de pasta espesa y adherente, de color verde intenso, según pudo comprobar al retirar la mano y observarla de cerca.

Notó en el rostro y parte del pecho la tirantez producida por la sangre coagulada. Humedeciendo las manos, lavó aquellas partes.

Se sentía vacilante y muy debilitado. Los zarpazos que sufriera en la espalda también se hallaban cubiertos por la pasta verde. Resultaba asombroso, mas aquella untura debía poseer sorprendentes y benéficas propiedades, puesto que no sentía el menor dolor ni molestia.

Reconoció su encierro. Era un socavón en la formación madrepórica. Podría alojar una media docena de personas algo

estrechamente. A la altura aproximada de un hombre de talla normal se abría una abertura estrecha y circular, hacia arriba, como el cañón de una chimenea. Éste se elevaba hasta perderse a lo lejos en un pequeño punto luminoso que, seguramente, daría al exterior, y desde el que le llegaba la escasa luz que hacía que el recinto no estuviese totalmente a oscuras.

También notó cierta corriente de aire, y ello le hizo suponer que existiría otra comunicación.

Incorporándose, trató de reconocer detenidamente todo aquello. Le costaba algún trabajo moverse; aún estaba resentido y dolorido por la anterior lucha sostenida. Pensó por unos instantes en la suerte que habrían corrido sus compañeros, particularmente Irma.

Al fin halló lo que buscaba. Un agujero en la piedra, algo más ancho que un brazo, de lo que pudo cerciorarse introduciendo el suyo. Cabía holgadamente. No halló obstáculo alguno en el interior, lo que le dio la seguridad de que aquel orificio era un canal de comunicación con algún otro lugar, por donde se establecía la comunicación de aire que antes notara.

Bien. Aquello ya era algo. Estaba encerrado en una trampa y aislado por completo. Pero, ¿por dónde le habían introducido allí? Indudablemente debía existir un acceso oculto capaz de dejar paso a un cuerpo. Y era interesantísimo el localizarlo.

Se asombró al hallar prendido en su cinto el cuchillo de monte. ¡Cáspita! ¡No le habían dejado desarmado! Algo de confianza le prestó tener aquella arma en el cinto.

Lentamente, sus ojos iban habituándose a aquella penumbra, y ya podía distinguir con algo de más facilidad lo que le rodeaba. Es decir, a distinguir... nada. Porque en realidad no había a su alcance ningún objeto. Se encontraba él únicamente en aquella cripta pétrea. Las paredes rezumaban agua, y de lo que pudiera considerarse el techo también goteaba.

Inesperadamente, uno de sus pies halló el vacío. Retrocedió de un salto, inclinándose a continuación.

Pese a la humedad, un frío sudor le perló el rostro. ¡Había estado a punto de caer en un pozo natural!

Arrancó con las manos algunos trozos de la formación rocosa. Lanzó uno de aquellos fragmentos en la abertura recién descubierta, e inmediatamente le llegó el sonido característico de haber caído en el agua.

¡Aquella era la única entrada y salida del lugar en que se hallaba! Bonita situación. Mas, ¿cómo intentar salir por aquel pozo?

Tuvo por un momento la vaga esperanza de que se tratara de una comunicación con el mar, como parecía indicarlo el rumor que le llegaba. Y que, una vez descendiera la marea, pudiera dejar expedita alguna galería.

Asiéndose a los bordes del pozo se deslizó dentro. Cuando aún le quedaba parte del cuerpo fuera del borde, sus pies recibieron el frío contacto del agua. Se izó de nuevo y quedó sentado, pensativo, a unos pasos de la dificultosa salida. No se sentía aún con fuerzas para intentar la aventura.

Y mientras se hallaba sumido en sus desconcertados pensamientos, algo resonó en el interior del pozo batiendo el agua.

Lower se puso instantáneamente alerta. Su mano empuñó firmemente el mango del cuchillo.

Una brillante forma, difusa al principio, comenzó a emerger. De pronto, unas manos se asieron fuertemente a los bordes del orificio.

Eran unas manos enormes, de piel lisa y brillante, con largos dedos terminados en fuertes uñas y unidos entre sí por una membrana casi transparente.

Lower reprimió un primer impulso de asestarle un golpe con el cuchillo. Decidió esperar, sin embargo.

Con ágil movimiento, el desconocido realizó una flexión y quedó apoyado con los antebrazos en el reborde del pozo, ojeando a continuación el recinto hasta descubrir a Lower.

Éste hubo de vencer el estremecimiento que le recorrió la médula. ¡Se trataba de un ser horrible! Parecía ser el mismo que capitaneaba la horda que les atacó.

Mas en aquella ocasión iba cubierto con una extraña indumentaria. La cabeza la llevaba cubierta por un voluminoso casco de materia transparente, acoplado a lo que constituía la coraza que resguardaba al cuerpo. Esta coraza era oval, aplanada por la parte del pecho y la espalda. Muy semejante a la concha de una tortuga. Los brazos y las piernas, libres, salían por aberturas que ajustaban perfectamente a los hombros, axilas y muslos.

El aparecido salió completamente del pozo y quedó a unos pasos de Lower contemplándole con curiosidad. Sus pupilas brillaban intensamente en la penumbra. Era de una estatura doble a la de Lower.

Parsimoniosamente, se desprendió del casco que cubría su cabeza y dejó ésta al descubierto. Lower comprobó el brillo marmóreo de la verde piel.

Y en aquel momento sufrió una impresión inesperada. Porque aquel extraño individuo le dirigió la palabra en un tono tranquilo y mesurado. ¡Y lo hacía en el idioma de Lower!

—¿Estás mejor de las heridas?

La boca de Lower quedó entreabierta de pasmo y estupor. No respondió. No podía hacerlo.

—¿Te encuentras bien? —insistió el desconocido.

—Pero... —tartamudeó Lower— ¿cómo es... que... habla nuestro idioma?

—¿Hablar? Eso es fácil. Ya tendrás conocimiento de otras cosas. ¿Estás en disposición de seguirme?

—¿Seguirte? ¿Por ahí? —señaló Lower, incrédulo, la boca del pozo.

—Sí; por ahí —no había el menor acento de burla en las palabras

—. Traeré una envoltura.

Sin esperar más se zambulló rápidamente. Al quedar solo, Lower creyó haber estado soñando. Pero poco le duró la duda. Instantes después volvía a aparecer el desconocido con una coraza y casco de repuesto.

Aquellas prendas, aun siendo de menor tamaño que las que vestía el extraño individuo, venían muy holgadas a Lower.

Quedó, no obstante, cubierto con ellas, ayudado por el otro. Antes de quedar colocado el casco, su futuro guía introdujo el brazo por la abertura de la coraza, junto al cuello de Lower, y presionó en algún resorte.

El contacto de su cuello con la fría piel produjo un estremecimiento a Lower. Éste, al quedar colocado el casco, notó con satisfacción que podía respirar cómodamente.

El otro le contempló brevemente, y, con agilidad, penetró en el agua haciendo un gesto para que le siguiera.

Sin titubear un segundo, se zambulló Lower en las oscuras aguas del pozo. Al sumergirse, notó que le prendían de la mano fuertemente.

* * *

El gigante verde nadaba con la facilidad de un pez.

Del pectoral de su coraza brotaba un haz de potente luz amarillenta, que iluminaba con reflejos fosforescentes el camino que seguían a través de las aguas.

Había prendido a Lower por una de sus manos y le remolcaba velozmente.

Llegaron a lo que parecía ser el fondo del pozo, y entonces el hombre verde giró a la derecha, adentrándose en una galería horizontal.

Lower se hallaba preso de mortal angustia. Aquel individuo estaba internándole en profundas galerías subterráneas inundadas de agua en un mundo desconocido e ignorado.

La galería por la que nadaban continuaba rectamente. De improviso, el extraño guía desvió la ruta que seguía y cambió la dirección hacia arriba. Ahora nadaban por otro pozo vertical parecido al que desembocaba en el lugar que antes ocupara Lower.

Todo sucedió con rapidez. Al llegar a la superficie, el gigante quedó en el borde del pozo en un instante, y ayudó a Lower a izarse.

Al pronto, éste quedó sorprendido y desconcertado, respirando fatigosamente. Tenía la evidencia de que en las entrañas de aquella masa sólida se había realizado un trabajo de cíclopes. No le cabía duda de que, tanto el canal recorrido como los pozos verticales, no eran otra cosa que trabajos realizados por seres racionales e inteligentes.

La finalidad de todo ello no sabía hallarla, pero lo visto le trajo a la imaginación las experiencias que hiciera, cuando estudiante, sobre los vasos comunicantes. Eso eran los pozos y las galerías subterráneas: un trazado de vasos comunicantes inundados de agua. Pero, ¿con qué fin? ¿Y para qué un tan gigantesco trabajo?

El contacto de la mano del guía sobre su brazo le sustrajo de sus pensamientos. Dio un giro y quedó enfrentado a la cámara en que se hallaba.

Hubo de reprimir un grito. La cámara era de enormes proporciones; más bien descomunal, para haber sido socavada subterráneamente.

Algunas columnas, que le recordaron estalactitas y estalagmitas unidas, prestaban solidez y estabilidad a la bóveda.

Toda la cámara aparecía iluminada por un halo fosfórico de procedencia desconocida.

Al fondo, sentado sobre un tosco asiento tallado, otro gigante verde parecía esperar a que ellos se le aproximaran.

Y, sentados frente a él en una especie de rústicos escalones, Lower distinguió a varias personas.

Se encontraba dándoles las espaldas, pero su corazón dio un

vuelco al ver el reflejo de unos cabellos dorados. ¡Eran Irma, el profesor y Karlow! ¡Cielos! ¡Vivían!

Fue a avanzar, impulsivo, hacia ellos cuando fue detenido por su acompañante. Éste se había despojado de coraza y casco e indicó a Lower que hiciera lo propio.

Una vez realizado, le invitó con un gesto a seguirle. Pese a que Lower creía haber llegado al colmo de las sorpresas, aún le aguardaba una que le hizo dudar de su razón.

Junto al otro hombre verde, y oculto hasta entonces por una de las columnas, vio a otro hombre. Un hombre que inundó su pecho de alegría al reconocerlo y que le obligó esta vez a lanzar un grito, que resonó en la bóveda con eco gozoso.

—¡¡Sam!! ¡Por San Jorge! ¿Eres tú realmente?

El aludido no pareció quedar demasiado sorprendido. Evidentemente, estaba advertido de su llegada. Empero, corrió hacia él con rostro alegre y quedó a unos pasos de Lower, indeciso.

—¡Venga un abrazo, Sam! —le animó éste—. Bien lo merece el haberte hallado vivo.

Los dos hombres se estrecharon fuertemente. Luego, apremiados por el hombre verde, se dirigieron hacia el grupo formado por los otros.

# CAPÍTULO IX

## Peligro de invasión

Lower envió un saludo al grupo formado por Irma, el profesor y Karlow. Estos denotaron su alegría al verle llegar sano. Indudablemente le creyeron muerto durante la lucha sostenida con la horda.

El gigantesco hombre verde que ocupaba el asiento les indicó con breve gesto se reunieran con sus compañeros.

Así lo hicieron, mientras el otro gigante quedaba junto al asiento

de su compañero observando una actitud respetuosa.

Resultaban los dos extraordinariamente semejantes. Sólo fijándose bien podían observarse ligeras variaciones que los distinguían.

Sin la menor duda, aquellos seres se hallaban adaptados para poder hacer parte de su vida bajo el agua.

Así lo indicaban las membranas natatorias de sus pies y manos. El color de su piel, de un verde jaspeado, también mostraba estar cubierto de una grasa o segregación natural grasienta, como aparece en algunos peces. Y bajo las orejas se abrían pequeñas aberturas, como ranuras, que, a impulsos de la respiración, se abrían y se cerraban mostrando algo semejante a branquias.

Al quedar sentado Lower junto a Irma, ésta le estrechó la mano en silencio. En sus ojos brilló una chispa luminosa de alegría. También Karlow y el profesor le mostraron su contento.

El profesor le susurró:

—Bienvenido, señor Lower. No nos hallamos en buena situación, desde luego; pero hoy es día de gratas sorpresas. Primero, Sam; ahora, usted.

—¿Hace mucho se encuentran aquí?

—No; acaba de conducirnos ese hombre verde que llegó con usted. Por un túnel submarino realmente asombroso. Ya le explicaré...

—Prestemos atención a ese sujeto —previno Karlow—. Parece que quiere hablarnos.

El que a todas luces parecía ser el jefe posó una fría mirada en los componentes del grupo. Los contempló inquisitivamente y se dispuso a hablar.

—Seres de superficie —comenzó diciendo con voz lenta y profunda—; soy Gluk, jefe de la expedición enviada por Tjan, mi mundo, para establecer bases submarinas en este planeta. ¿Entre vosotros hay algún científico?

Quedó en silencio esperando respuesta.

Mas nadie respondió de momento. El estupor los tenía paralizados. No tanto por la extraordinaria situación en que se hallaban, sino por los pasmosos seres que tenían frente a sí... ¡y que hablaban en lenguaje terráqueo!

Fue Sam quien, ante el silencio de sus compañeros, respondió:

—Todos somos científicos. Unos más, otros menos, todos poseemos nuestra ciencia...

—¡Silencio! —tronó la voz de Gluk cortándole la palabra—. Ya te interrogué antes, y creo haberte dicho que no eres...

—Sí; es verdad —asintió Sam interrumpiéndole. Todos percibieron su ligero acento burlón al decir—: Soy un ser... ¿Cómo dijo? ¡Ah, sí! Rudimentario. Eso es; soy un ser rudimentario. ¿Han oído?

—¿Eso ha dicho? —preguntó Lower en voz baja, con interés.

—Sí, señor —afirmó Sam en voz normal—. Ellos están mejor preparados, según creen; yo soy algo así como una sabandija.

Esta corta conversación pareció impacientar a Gluk.

—¿No responden? —interrogó molesto—. ¿Eres tú un científico? —indagó dirigiéndose a Lower.

Éste se incorporó y avanzó unos pasos. Quedó frente a Gluk mirándole fijamente. Estaba decidido a resolver de una vez la situación en que se hallaban. ¿Quiénes demonios creían aquellos seres que eran? ¿Los dueños del mundo, tal vez? Respondió con entereza:

—Todos mis compañeros poseen conocimientos científicos. No sé a lo que considerarás un científico... Pero sí creemos tener derecho a saber en razón a qué motivo nos tiene aquí retenidos.

—Todo será explicado a su tiempo. Soy yo ahora quien pregunta. ¿Cuál es tu nombre?

—Peter Lower.

—¿Qué ciencia practicas?

Lower titubeó un instante. Pero no convenía mostrar inseguridad ante aquel tipo engreído.

—Poseo conocimientos para navegar por la superficie líquida.

Un gesto de hiriente desprecio asomó al rostro de Gluk. Miró hacia el otro gigante y emitió algunos sonidos roncos y guturales. Se volvió de nuevo a Lower, empleando un tono sarcástico.

—Navegar por la superficie... —dijo—. ¿Nada más? ¿Y esos otros?

—Uno de ellos es geólogo —respondió Lower sin hacer caso de la reticencia empleada—. Otro, profesor de una Universidad y jefe de una misión de investigaciones geofísicas. Hay otro más, doctor en Ciencias Naturales y experto en fondos submarinos.

Aquella última especialidad pareció interesar vivamente a Gluk.

—¿Quién es?

Lower señaló a Karlow silenciosamente.

—Acércate —ordenó Gluk a éste, lacónicamente.

Obedeció el aludido, colocándose junto a Lower y dando frente al gigante.

—Puesto que eres un científico en fondos submarinos, puede que te interese lo que voy a decir —le dijo éste—. Somos los primeros avanzados para la invasión de este planeta. Tras largos períodos de tiempo, varias generaciones de nuestros científicos trabajaron para ello. Bacterias preparadas, aptas para metamorfosearse, fueron lanzadas a este mundo. Las que cayeron en el elemento adecuado, o sea en el agua, progresaron rápidamente y comenzaron sus metamorfosis, de ciclo abierto, hasta llegar a adquirir las formas utilizables para nuestros fines.

Lower observó el vivo interés que despertaban en Karlow las palabras de Gluk.

—¡Bacterias de otro planeta! —murmuró Karlow apagadamente

—. ¿Con qué medios? ¿Cómo las enviaban?

—Hay tantas cosas de interés para un verdadero científico... Sí, veo que tú lo eres, Karlow. Te lo diré —aseguró Gluk—. Esas bacterias llegaron a este planeta viajando en corpúsculos luminosos.

—¡Oh! ¿Y pueden dirigirlas...?

—A donde nos plazca. Pero nosotros también hemos quedado admirados. Existen en estos fondos submarinos otras muchas especies que no son originarias de este planeta; ni del nuestro, desde luego. Quiero decir que otras bacterias han debido viajar y aún continuarán haciéndolo, utilizando rayos luminosos como vehículo para trasladarse. ¿Lo sabías?

—Pero... ¡eso es increíble!

—Tal vez. Pero el asunto que quiero tratar es distinto —cambió Gluk de conversación—. Hemos sido enviados varios tjanianos con el fin de establecer bases. Yo ostento el mando de esa expedición. Y éste es Laok, mi más cercano colaborador —señaló al otro hombre verde—. Contamos con gran número de «kauris» que realizan los trabajos.

—¿Kauris? —preguntó Karlow.

—Estos «kauris» son el resultado final, por lo menos hasta ahora, de esas metamorfosis de que antes hablé, fueron vuestros asaltantes.

»Ya hemos situado dos bases en esta primera zona. Ésta será la tercera y última base antes de partir para Tjan con el fin de traer nuevos elementos. El viaje es rápido, mas necesitamos algún tiempo para organizar la vuelta. Ésta se hará contando con materiales y una gran expedición de nuestros científicos. Todo está a punto.

—¿Para invadir la Tierra? —indagó Karlow, escéptico.

—Precisamente. Los mares serán superpoblados por los «kauris». Son prolíficos en extremo. La gran expedición científica vendrá provista en abundancia de seres preparados que, en rápidas y sucesivas metamorfosis, quedarán convertidos en «kauris».

—No será suficiente —protestó Karlow en un súbito arranque—. No será suficiente esa invasión para dominarnos.

—No seas optimista. Déjame terminar. Los equipos de científicos comenzarán inmediatamente a debilitar a los seres de la superficie. Y lo conseguirán, no lo dudes.

—¿Puede saberse cómo lo harán?

—Desde luego. Están previstos los menores detalles. Contamos con energía acumulada capaz de dividir la superficie del planeta en grupos separados, por medio de amplios canales que unirán todos los mares. Ello supondrá una serie de fenómenos que no pasarán desapercibidos para ti. Extensiones productivas se convertirán en estériles desiertos helados. Sobrevendrán fuertes movimientos sísmicos que asolarán la superficie. El fuego interior buscará salida con terrible violencia por lugares inesperados. Y cuando los habitantes de la superficie se encuentren dominados por el terror y el hambre, nos obedecerán ciegamente a cambio tan sólo de alimentos que nosotros les suministraremos.

Karlow se hallaba sobrecogido ante los fantásticos planes de dominación expuestos por Gluk. Éste hablaba con la seguridad sobrecogedora de un profeta.

En cambio, Lower sonreía burlonamente ante lo que consideraba estúpidas baladronadas.

—Pretenden dominarnos... —murmuró Karlow reflexivamente—. ¿Y si lo consiguieran?

—Puedes darlo por seguro —afirmó Gluk con firmeza—. Este planeta quedará convertido en colonia de Tjan. Los hombres de superficie serán sometidos y se les utilizará como esclavos de mi mundo. Trabajarán en la extracción de los metales que nos son necesarios. Por otra parte, estos mares inexplorados resultarán fuente de magníficos elementos de vida para nosotros. Pero... —aquí el gigante se tomó una ligera pausa para mirar fijamente a Karlow antes de continuar—, necesitamos científicos de este planeta que colaboren en nuestros planes. ¿Estarías dispuesto a hacerlo? ¿Alguno de

vosotros lo estaría también?

Karlow sufrió un sobresalto ante la inesperada oferta. La voz de Gluk había adquirido un tono sospechosamente tentador.

—No haga caso —le aconsejó Lower en voz baja—. Este tipo trata de especular con nuestro miedo, creyéndonos aterrorizados. Déjeme hablar.

Seguidamente, dirigió la palabra a Gluk. Su acento era decidido.

—Hemos oído tus palabras, Gluk. Esos planes son ambiciosos, desde luego. Mas quisiéramos saber, caso de prestarnos a esa colaboración que pides, cuál sería nuestra misión y nuestro premio.

—Me agrada tu decisión —confesó Gluk, complacido—. Vuestro premio sería librarse de la esclavitud, y vuestra misión consistiría en informarnos sobre los lugares vitales para asestar nuestros golpes. Luego, habrían de prestarse a ser adaptados para vivir como nosotros, subterránea y submarinamente. Es fácil conseguirlo por un procedimiento de injertos en vuestra piel. Después serían adiestrados en el manejo de nuestros elementos de trabajos submarinos y en tripular también nuestros «tars». Finalmente serían los encargados de dirigir los trabajos de los esclavos.

—¿Qué es un «tar»? —preguntó curiosamente Lower.

—Son vehículos submarinos. Fueron montados por los «kauris» bajo nuestra dirección. Los transportamos desmontados en nuestras naves aéreas. Pueden navegar a grandes velocidades bajo el agua, y con ellos exploramos grandes extensiones.

Todos los sentidos de Lower quedaron alertas. ¡Allí estaba la explicación de los fantásticos submarinos piratas!

Quiso cerciorarse plenamente de ello.

—¿Poseen esos «tars» medios de ataque y defensa? —preguntó.

Un resoplido, que podría equivaler a una sonrisa de satisfacción, brotó de la garganta de Gluk.

—De una efectividad que ya han comprobado algunos —

respondió—. Van dotados del «rayo azul», que actúa destructivamente. Ya habrás podido ver lo que quedó del campamento.

—¿Y buques? —insistió Lower sintiendo que le ahogaba la emoción—. ¿Han actuado sobre alguna nave?

—Sí. Pulverizamos a una que pretendió atacarnos con explosivos.

Una ola de indignación inundó el pecho de Lower. ¡Malditos! ¡Ellos fueron los que destruyeron al «Giggler»... y a sus tripulantes!

Pero había que fingir indiferencia. Estimó más conveniente dar a entender que se hallaba sugestionado y dispuesto a secundar los planes de los tjanianos.

—Bien. Estaríamos dispuestos a colaborar si nos garantizaran ciertas seguridades...

—¿Está hablando en serio? —intervino Karlow con cara de asombro.

—No queda otro remedio, Karlow. ¿Se le ocurre alguna otra cosa en esta situación?

—¡Está loco! ¡Hable por usted solo! —bramó Karlow con furia y desprecio—. ¡Repugnante cobarde! Jamás le hubiese creído un traidor.

—¡Lower, reflexione! —aconsejó la voz del profesor en tono angustioso—. ¡Puede perdernos a todos!

Lower miró hacia Irma y la vio con el rostro desencajado, pálida como un cadáver. Incluso Sam intentaba frenar un rictus de desprecio.

¡Le creían un traidor! No habían sabido comprender que lo que intentaba era un desesperado esfuerzo por salir de aquella maldita situación. ¿No habían pensado sus compañeros que el peligro era mortal? ¡Al diablo con ellos! Aquellos seres los eliminarían con la misma frialdad que a gusanos.

—Tengo curiosidad por saber una cosa —dijo, dirigiéndose a

Gluk—. ¿Qué fue de los hombres que tripulaban una pequeña nave y que fueron hundidos cerca de este lugar?

—¡Aj! —exclamó el gigante—. Eran seres ignorantes e inútiles. Fueron arrojados al vivero y sirvieron de pasto a los embriones de «kauris».

Un temblor de espanto recorrió a los terrícolas. ¡Ése era el fin de los indígenas que huyeron de la isla! ¡El mismo que les esperaba a ellos! Aquellos seres no conocían la piedad ni el respeto a la vida.

Lower no quiso insistir en saber nada sobre aquel terrible vivero a que se refirió Gluk. Supuso sería el lugar en que se multiplicaban aquellos monstruos.

—¿Qué decides? —apremió en aquel momento Gluk, dando muestras de impaciencia, e incorporándose lentamente.

El rostro de Karlow se endureció al mirar a Lower. Fue a hablar, pero se le anticipó el profesor, que lo hizo con voz extrañamente alterada:

—¡Sépalo de una vez, gigantón ridículo y fanfarrón! Correremos el riesgo que sea antes que prestarnos a sus planes. Entre nosotros existe algo que no conoce y que se denomina honor. Y no todos —miró despreciativamente a Lower— lo hemos perdido todavía.

Lower admiró la arrogancia de aquel hombre. La muerte -una horrible muerte- se cernía sobre él, sobre su hija y sobre sus compañeros, pero afrontaba el peligro valientemente, con dignidad admirable.

El rostro de Gluk sufrió una perceptible transformación al sentirse insultado. Las pupilas le brillaron malignamente y con dureza.

—Laok —ordenó con frialdad—, lleva a todos ésos al primer túnel. Ese otro —señaló a Lower— quedará aquí hasta tu regreso.

Tuvo Lower un primer impulso de oponerse a que Laok cumpliera la orden, mas refrenó su ímpetu. Era mejor esperar, esperar el momento oportuno para trabar de obrar con algunas probabilidades de éxito. ¡Y entonces quedaría enterado Gluck de lo que eran capaces

los hombres de aquel planeta que quería dominar!

A un gesto de Laok quedaron todos agrupados, excepto Lower. En aquel instante, Sam, tras una ligera vacilación, avanzó unos pasos quedando plantado frente a Lower. Le habló en el argot popular de los habituales a los garitos californianos.

—Anclo aquí, señor. No creo en su «cambio de envase». Encenderemos la vela por los dos extremos y correremos el riesgo[1].

—Tú seguirás con ellos, Sam —replicó Lower adustamente—. Yo ya he tomado mi decisión.

—Pero, señor...

—Vamos, Sam, no insistas —le apremió—. Cuida de ellos, particularmente de la señorita. Tú eres fuerte.

La intervención de Laok, separando a Sam, dio fin a la corta conversación.

Inmóvil en el centro de la cámara y con el corazón oprimido por la angustia, Lower vio cómo penetraban todos por una galería del fondo, desapareciendo tras Laok.

Antes de que lo hicieran, Irma se volvió a medias, dirigiéndole una mirada tal de desolación y amargura, que Lower tuvo la impresión de que le habían abofeteado.

## CAPÍTULO X

### Decisión desesperada

Posteriormente, Lower fue alojado en una de las cámaras adyacentes a la ocupada por Gluk. Transcurrió algún tiempo, durante el cual se sentía vigilado constantemente, si bien de forma encubierta, por Laok. Éste ocupaba la misma cámara que él, y, al parecer, su misión había quedado reducida a instruirle sobre determinados asuntos relacionados con los planes que tuvieran proyectados.

Lower era alimentado, durante este tiempo, con un compuesto de productos marinos, formado por una pasta amarillo-verdosa de fuerte

olor a mariscos y sabor no muy desagradable.

Le fueron mostrados por Laok unos curiosos planos trazados sobre finas hojas metálicas de color negro. En ellos podía observarse la inteligente red de canales subterráneos y submarinos que surcaban las entrañas de la isla. En el centro de ella, con toda seguridad en el hueco que correspondía al lagón, habían horadado un amplio espacio a manera de una gran plaza submarina. A ella venían a desembocar todos los canales inundados.

Provisto de una de aquellas extrañas corazas con casco, Lower fue conducido por Laok a la gran plaza sumergida.

La constituía un espacioso anfiteatro de fondo arenoso. El sistema que hubieran utilizado los tjanianos para desembarazar de restos aquel lugar, después del hundimiento del centro de la isla, es cosa que no pudo ni imaginar Lower.

Una ancha puerta semicircular daba paso al mar libre. Pero estaba cubierta por una espesa red de metal negro, que, si bien no permitía la entrada desde el exterior, también impedía salir de él. También cubría la parte superior otra red del mismo metal que hacía imposible la ascensión a la superficie. A menos de conocer la salida que debía existir...

Un sonoro vibrar expandió sus ondas por el líquido hasta penetrar en el casco que cubría a Lower. Aquel vibrar fue haciéndose menos intenso hasta que adquirió el tono de un rumor amortiguado, irregular, al que éste prestó gran atención. Le llegaban, como muy lejanas, algunas frases sueltas. Pero, ¿de dónde? ¿Y cómo?

Miró hacia Laok, que se hallaba a unos pasos de él semejante a una enorme y monstruosa tortuga. El gigante, con los armoniosos y rítmicos movimientos que se ejecutan bajo el agua, se volvió hacia él. Lower le vio mover la boca como si estuviese hablando.

Prestó nueva atención a los tenues sonidos que le llegaban. Reconoció la voz de Laok.

—Estoy haciendo llegarte mi comunicación —oyó decir—. No te

asombres. Emito mi voz en ondas penetrantes submarinas capaces de hacer llegar a ti los sonidos íntegros. Mira.

Señaló hacia la puerta, dirigiendo a ella el foco de luz amarillenta de que iba provisto el pectoral.

—Esa entrada —explicó— sólo es franqueada a los «tars». Hemos de vigilar a los «kauris» para que no huyan. Están controlados por nuestras ondas cerebrales que les obligan a la obediencia. Pero si escaparan a este control, operarían según sus instintos. Ahora llegan.

Dando al anfiteatro, además de la gran puerta indicada por Laok, existían otras aberturas o túneles que debían adentrarse en el subsuelo de la isla.

Por una de ellas apareció una fantástica hilera de seres monstruosos, que, a la luz fantasmagórica en que estaba envuelto aquel espacio, semejaban ser producto de una horrenda pesadilla.

Con un caminar suave y flotante, desembocaron en la plaza medio centenar de «kauris», aquellos espantosos seres acéfalos y extraordinarios que les atacaran en la superficie haciéndolos prisioneros. Tras ellos, como guardián que vigilara un rebaño, llegaba otro hombre verde embutido en su correspondiente coraza y casco.

Lower observó que este individuo también iba provisto del potente foco pectoral, y que una de sus garras enzarpaba una corta barra coronada por cuatro puntas a manera de cortos garfios.

—El «rayo azul» —le informó la voz de Laok, y Lower comprendió se refería a la barra—. Si algún «kauri» escapara al control del guardián, sería exterminado inmediatamente.

Los «kauris», como obedeciendo a desconocidas órdenes, se aplicaron en abrir una galería ya iniciada en la pared del anfiteatro.

Lo hacían con gran-precisión y rapidez. Lower admiró la velocidad que imprimían a sus movimientos mientras las garras arrancaban fragmentos del conglomerado, con la seguridad y eficacia de una máquina. Nadó Laok hacia una de aquellas entradas que viera Lower anteriormente, justamente la más próxima a aquella por donde

salieran los «kauris» con el guardián. Lower le siguió. Se manejaba bajo el agua con facilidad. Aquellas corazas estaban perfectamente adaptadas para ello, y en su interior, como ya Laok le había mostrado, contaban con un curioso dispositivo de mando exterior. Éste era capaz de producir en el interior de la coraza distintos gases. Ligeros o pesados, según el deseo de quien los utilizara. Y ello facilitaba al nadador la inmersión profunda o la ascensión rápida.

Penetraron en aquel túnel. Lower hizo a su vez funcionar el haz de luz de su pectoral y siguió a Laok.

El túnel trazaba una pronunciada curva a la derecha, y a través de aquel trayecto, Lower pudo descubrir distintos pozos verticales.

Más en el interior, comenzaron a verse, a derecha e izquierda, nuevas galerías o ramificaciones de la principal. Un verdadero dédalo, para quien como él desconociese la ruta a seguir.

Le resultaba a Lower extraño al principio la facilidad con que los tjanianos habían aceptado su aparente docilidad para unirse a ellos. Ahora ya estaba perfectamente convencido del por qué lo hicieron. Resultaba de todo punto inútil cualquier intento para escapar de aquella cárcel submarina.

Al llegar a una de las bifurcaciones, cerrada con un enrejado similar a los ya vistos, Laok le advirtió:

—Éste es el primer túnel. En él se hallan los otros seres de superficie que no han querido unirse a nosotros. Pasado un corto tiempo para que lo mediten, será abierta la comunicación con el segundo túnel.

No comprendió Lower el significado de aquellas palabras hasta algunos instantes después.

—Éste es el segundo —lo señaló Laok deteniéndose ante él.

Una sensación opresora de espanto atenazó el pecho de Lower. Quedó mudo, horrorizado, contemplando la compacta masa escalofriante de monstruos que se amontonaban junto al enrejado metálico de la entrada al segundo túnel. Tuvo una visión

estremecedora del fin que aguardaba a sus compañeros.

Las gelatinosas formas de «kauris» de distintos tamaños estaban adheridas unas a otras, en una promiscuidad repugnante, efectuando lentos movimientos a impulsos de las aguas.

Desde las embrionarias garras de los más jóvenes hasta las más potentes de los que pudieran considerarse adultos, un verdadero bosque, profundo y sobrecogedor, mostraba el siniestro brillo de sus garfios mortales y de cuerpos indescriptibles, blanduchos y repulsivos.

—El vivero de los «kauris» —le informó Laok—. Pronto extraeremos de él una nueva legión de trabajadores. Se multiplican prodigiosamente.

Hasta llegar a otra gran cámara igual a la ocupada por Gluk, hubieron de nadar por las galerías otro trecho.

Trató de recordar Lower con precisión el camino seguido desde el túnel ocupado por sus compañeros. Sin planes precisos, en su mente bullía, sin embargo, la idea de intentar libertarlos de cualquier forma, una vez tuviese ciertas seguridades para intentar la fuga.

En aquella cámara en que se hallaba estaba instalado el puesto de mando de aquellas siniestras huestes invasoras.

Complicados cuadros de mando que enlazaban no sabía con qué ignoradas bases, mostraban el brillo mate de su metal verdoso. Especie de relojes, que Lower clasificó como medidores de presiones, corrientes y temperaturas submarinas, aparecían perfectamente alineados. Un verdadero laboratorio científico.

El hombre verde que atendía todo aquello miró con curiosidad a Lower. A continuación, emitió los sonidos del idioma tjaniano, sosteniendo una corta conversación con Laok.

Éste se había despojado del casco, y lo propio había hecho Lower.

—Mira esto... Lower. ¿No es ése tu nombre? La oscilación de este punto luminoso señala la marcha de un «tar» que se aproxima. Procede de la Base II —señaló en el plano metálico—. De ésta.

—¡Cielos!

Lower dio un respingo de sorpresa. Allí estaba, perfectamente trazado, el plano de la superficie de un sector del Pacífico. Pero resultaba un extraño plano. Representaba aquel sector, inclinado en profundidad, mostrando más bien los fondos submarinos que la superficie, aunque en ésta aparecían las islas y atolones conocidos en la Tierra.

La garra de Laok había señalado el islote de Katumo, uno de aquellos atolones desiertos y perdidos del Pacífico. Allí, pues, tenían establecida una de las tres Bases con que contaban.

Aquel valioso descubrimiento le produjo un imperceptible temblor de emoción. ¡Santo Dios! ¡Si pudiera conocer la situación de las otras Bases, y poder huir luego...!

No denotó su voz emoción alguna al preguntar con indiferencia:

—¿Ésa es la Base II? Ésta en que nos hallamos es la III, ¿no es así?

La velada pregunta hizo su efecto. Laok respondió:

—Exacto. Esta otra —la zarpa resbaló por el plano deteniéndose en un punto— fue la primera que establecimos al llegar al fondo las naves que nos condujeron a este planeta.

¡Bakim! ¡El atolón de Bakim, pedregoso y solitario, era la otra Base! Un perfecto triángulo en cuyo centro se hallaban las Marshall.

El corazón de Lower latió aceleradamente. Mientras tanto, el puntito luminoso del cuadro parecía ir agrandándose.

—Acompáñame —le dijo Laok en aquel momento, colocándose el casco—. Vas a presenciar la llegada de un «tar». Muck va a dejar libre la entrada —señaló brevemente al otro hombre verde.

Nadaron de nuevo por las galerías submarinas. Ya Lower iba familiarizándose algo con aquellos pasadizos muy semejantes al trazado de los trenes subterráneos terrestres.

Cuando llegaron a la plaza circular, ya comenzaba a quedar

expedita la entrada. El enrejado metálico se alzaba con movimiento que recordaba al de las persianas. El material que lo componía debía pesar miles de libras, según calculó Lower; mas, el mecanismo que lo accionaba lo hacía moverse con la suavidad de una cortina.

Una masa negra apareció en la entrada. Navegaba lentamente, y de su extremo anterior brotaba un gran cono de luz amarillenta que inundó aquel espacio en claridad marescente.

Con suavidad quedó posada en el fondo arenoso, y entonces comenzó a descender la puerta metálica de la entrada.

En la parte superior del artefacto, existía algo parecido a una torreta. Se levantó la tapa y de ella salió un hombre verde embutido en la coraza. De nuevo quedó cerrada la tapa, y Lower observó el violento burbujeo que brotaba de ella.

¡Una cámara de seguridad! Lower creyó comprender el mecanismo. Desde el interior del «tar», uno de los tripulantes debía ocupar la cámara del interior de la torreta. Luego, la cámara era aislada del interior del sumergible, y entonces era abierta la tapa dando salida al tripulante. Al cerrarse de nuevo, un mecanismo actuaría de bomba, desalojando el agua de la torreta inundada, y ésta quedaba en condiciones de comunicarse de nuevo con el interior para recibir un nuevo huésped.

El hombre verde desembarcado nadó hasta Laok y pareció conversar con él. Sus gestos mostraban cierta excitación, y ellos movieron al guía y guardián de Lower a actuar con evidente precipitación.

Llegó hasta el que vigilaba a los «kauris» y cambió con él unas palabras, al final de las cuales señaló a Lower. Éste estaba pendiente de la salida de otro hombre verde por la torreta del «tar».

El que guardaba a los «kauris» se le aproximó entonces, y tanto Laok como los recién llegados nadaron como silenciosas sombras en dirección a uno de los pasadizos, desapareciendo en su interior.

Pasados unos instantes de indecisión, Lower dirigió la mirada al

que quedó junto a él. Éste le observaba atentamente, y hasta los oídos de Lower llegaron sus palabras.

—Laok volverá —afirmó—. Has de quedar aquí mientras tanto. Ven, acércate. ¿Conoces los «tars»?

Lower hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Son rápidos y eficaces —aseguró el otro—. Éste ha venido a refugiarse aquí perseguido por unidades de superficie.

Las arterias de Lower parecieron ir a estallar. ¡Unidades de superficie! ¡Buques de guerra probablemente! Y estarían allí, sobre ellos, empeñados en una inútil búsqueda. Sin poder ni imaginar siquiera el seguro e ignorado refugio con que contaban aquellos submarinos piratas. ¡Bonita oportunidad! Mas, ¿cómo aprovecharla?

Hizo trabajar vertiginosamente su cerebro sin hallar ninguna solución. Esperar. Eso era cuanto podía hacer por ahora.

Una vibración, sorda al principio, pero más intensa y regular después, fue inundando el ámbito de la plaza submarina. Los «kauris» se detuvieron en su trabajo y adoptaron ridículas posturas que hicieron oscilar sus deformes cuerpos en una actitud como de alerta.

El movimiento del hombre verde orientó a Lower. Aquél había dirigido una rápida mirada hacia arriba y luego hacia la entrada del refugio. De allí llegaba el rumor, aunque iba alejándose.

Un frío desencanto se apoderó de Lower. ¡Lástima que aquel buque no hubiese dado con la pista! No pensó ni un segundo en la peligrosa situación en que se hallaría colocado con sus compañeros si el buque hubiese arrojado cargas de profundidad.

Aquel refugio, sin embargo, ofrecía gran seguridad. Sólo en el caso de que fuese atacado por el lagón podría ser destruido totalmente. Mas no era de suponer que nadie pensara en que aquel tranquilo lago del interior de la isla era el «techo» de una peligrosa guarida de piratas desconocidos.

Debía existir algún medio. Un medio eficaz de avisar la existencia de aquel antro a las unidades de superficie. Aunque ello no dejara de

ofrecer serios peligros, Lower estaba dispuesto a no desaprovechar la menor oportunidad que se le ofreciera. El hombre verde le habló nuevamente.

—Quédate aquí. Los «kauris» han dejado de trabajar, intranquilos, y no pueden quedar libres de control. Se convertirían en irreductibles.

Se acercó nadando hacia los monstruos, y la desconocida influencia que irradiaba hacia ellos los obligó a trabajar con nuevo ahínco.

Y ello produjo en Lower la misma triste impresión que si estuviera contemplando a un grupo de esclavos o de canes apaleados ante el látigo de su cruel dueño.

El rumor de la maquinaria del buque perseguidor no volvió a repetirse. Lower nadó suavemente hasta el «tar» y lo reconoció exteriormente. Se trataba sin duda de uno semejante al que viera emerger desde el «Giggler».

Era pequeño, pero suficientemente amplio como para alojar una dotación de doce hombres. El metal de que estaba construido era negro brillante, acharolado, y, desde luego, no pudo ser identificado por Lower como ningún metal conocido. Parecía construido de una sola pieza, y por mucho que se esforzó en descubrir uniones en las chapas, no pudo hallarlas en absoluto.

Hallándose en esta observación, de súbito se le ocurrió una idea desesperada. Sabía que en el túnel donde se encontraba el vivero de los «kauris» y la prisión de sus compañeros, existía otra cámara muy interesante. Él había acompañado a Laok en una ocasión a ella. Era el almacén de aquellas corazas y cascos de tan magníficos servicios bajo el agua. ¿Y si intentara...?

Resultaba absurdo pensar siquiera en ello. Aun cuando consiguiera hacerse con ellos y llevarlos hasta sus compañeros, ¿cómo huir después? ¿Por dónde salir?

Pero aquélla era la única ocasión en que se veía libre de la

estrecha vigilancia a que le sometiera Laok.

¡Absurdo! ¡Imposible! Trató de incrustarse estas palabras en el cerebro, mas sin conseguirlo. Una voz le martilleaba interiormente, con insistencia inexorable: «Irma. Irma está en peligro. ¡Inténtalo! ¡Inténtalo! ¡Puedes salvarlos a todos! ¡Sálvalos!»

Un temblor nervioso le acometió. Lower lo conocía bien. Era el mismo temblor, otras veces sentido, precursor de las decisiones desesperadas. De súbito, cesó.

Y con los nervios tensos como alambres de acero, Lower hizo una señal apremiante al hombre verde, como si hubiese descubierto algo alarmante, para que se aproximara al «tar» al lugar que él ocupaba...

## CAPÍTULO XI

### Lucha submarina

La acción de Lower no se hizo esperar.

Al quedar el hombre verde junto a él, le señaló un punto bajo el «tar» para que se inclinara a reconocerlo. Entonces le asestó un rápido y duro golpe en el casco que le cubría la cabeza. Éste era de una materia altamente resistente y no sufrió rotura alguna. En cambio, quedó desencajado en la base.

Repitió el golpe con renovada furia, antes de que la sorpresa dejara reaccionar al otro, que, en un tardío intento de defensa, lanzó un terrible zarpazo que no alcanzó a Lower por décimas de pulgada.

El tercer golpe de éste resultó más efectivo. Quedó el casco separado de la coraza y el agua lo inundó.

Así atacado, el hombre verde no tuvo otro recurso que tratar de ganar uno de los túneles, con intención de ascender por alguno de los pozos verticales para poder respirar.

Giró alocadamente y arrojó la barra proyectora del «rayo azul». Todo ocurrió en una rápida fracción de tiempo.

Viéndole a su merced, Lower se lanzó a los pies del gigante, abrazándose a ellos y reteniéndolo así prendido. Sabía que de conseguir huir, aquel hombre anularía todo su esfuerzo.

La idea de atacar era ajena de momento al hombre atacado por Lower. Tal vez con el casco colocado se habría convertido en un temible adversario muy difícil de vencer. Pero sin él, sintiendo los pulmones a punto de estallar, sólo luchaba por escapar. Y lo hacía con los mismos espantados y convulsivos movimientos de un ciervo atrapado en un cepo.

Al fin, tras un violento espasmo, aquel cuerpo quedó fláccido, inmóvil, sin ofrecer resistencia alguna.

Soltó Lower la presa con que lo retuvo, y el cadáver flotó blandamente hasta descansar en el fondo arenoso.

Con rápido movimiento, se apoderó Lower del emisor del «rayo azul». No conocía su manejo, pero confiaba en que no sería muy complicado.

El grupo de los «kauris» cesó en su trabajo. Se separaron de la galería que estaban abriendo y avanzaron en dirección a Lower. Éste observó que sus movimientos eran más rápidos y sueltos, y que su actitud era evidentemente más agresiva. La influencia a que estuvieran sometidos había cesado.

Dando varias brazadas enérgicas que le colocaron próximo a la entrada del túnel por él elegido, Lower trató de escabullirse. Los «kauris», al ver su movimiento, parecieron disponerse a atacar. Varios de ellos se elevaron en el agua, Lower calculó que intentaban caer sobre él desde aquella favorable posición. Los restantes se abrieron en abanico, organizando un cerco mortal cuyo centro era el propio Lower. Urgía obrar con energía y rapidez. La barra que Lower empuñaba presentaba una especie de botón sobresaliente. Sin detenerse en más detalles, dirigió el extremo de la barra -el que contaba con garfios- y presionó el resorte.

Aun bajo el agua, que servía de amortiguador, el brazo de Lower tembló violentamente movido por la trepidación del artefacto.

Brotó una intensa luz azul que iluminó las aguas sorprendentemente. Al mismo tiempo, de los extremos de los garfios relampaguearon finas lengüetas, que, como un rayo, cayeron sobre el grupo de los «kauris».

La brecha abierta en ellos por la terrible chispa o rayo brotado de la barra, ahuyentó al resto. No obstante, los que nadaban por encima volvieron rápidamente al ataque.

Un nuevo disparo dirigido a ellos los obligó a huir, pero al mismo tiempo resonó un gran estruendo sobre la cabeza de Lower. El rayo azul lanzado hacia arriba había hecho blanco en el enrejado superior y abierto una amplia brecha. Lower vio caer hacia el fondo los retorcidos trozos del metal destrozado.

Bien. Aquella arma resultaba ser una magnífica ayuda. Sin aguardar más se deslizó por el sombrío túnel. Nadaba con la velocidad y silencio de un escualo.

Pronto llegó a la entrada del pozo vertical que llevaba hasta el almacén. Ascendió por él como una saeta. ¡Ya estaba! Una... dos... cuatro corazas con sus correspondientes cascos. ¡Adelante!

Se sumergió de nuevo en las profundidades del pozo. Cruzó como una aparición por las desiertas galerías submarinas, sin hallar a nadie por fortuna.

Las corazas y los cascos que transportaba resultaban sumamente ligeros y no le embarazaban en absoluto los movimientos.

¡El primer túnel! Ya estaba en él. Con el corazón palpitante dio una fuerte brazada para tomar impulso hacia arriba. Vio la abertura iluminada, segundos antes de llegar a la superficie.

Con algún esfuerzo pudo asirse al borde del pozo, descargarse de las corazas y cascos, y girar la vista por el estrecho recinto.

Al pronto no distinguió nada. Pero al acostumbrarse sus ojos a la penumbra exterior, pudo descubrir un grupo de personas agazapadas unas junto a otras.

Y ante ellas, como escudándolas con su fuerte cuerpo, Lower

reconoció a Sam.

Un Sam ceñudo y amenazador, que le miraba hoscamente, enarbolando los formidables puños semejantes a mazas, en una gallarda actitud de hércules desafiante.

* * *

La explicación fue rápida mientras los hacía cubrirse con las prendas de inmersión.

—Seguidme ahora —les dijo—. El camino hasta la plaza central será peligroso. Tal vez tengan ya noticias de nuestro intento y traten de anularlos. No podemos titubear ni un segundo.

Como ágiles focas se hundieron en el agua. Lower los precedía, seguido por Irma y los demás. Sam cerraba la marcha.

Al desembocar en la galería central que conducía al anfiteatro, Lower apremió a todos para que aceleraran las brazadas. Sentía junto a sí a Irma, y ello parecía infundirle ánimos para coronar con éxito aquella arriesgada empresa.

Alargó una de sus manos y prendió la de ella, ayudándola a avanzar. Notó el ligero temblor que estremecía a Irma, y trató de animarla con un cordial apretón, al que ella respondió débilmente.

Frente al vivero de los «kauris» todos se sintieron espantados. Tuvo intenciones Lower de destruirlo utilizando el «rayo azul», mas pensó que los segundos eran preciosos.

Nadó briosamente, siguiendo el resplandor amarillo del pectoral, que iluminaba el espacio ante él desvaneciendo las tinieblas.

Y de súbito, al cruzar frente a un pozo, tuvo un impulso repentino. Fue algo extraño, ajeno a él, pero que le inmovilizó unos segundos. Tal vez fuera su instinto de hombre de acción el que le orientó a ello. Aun cuando de momento lo que urgía era escapar, nació en él, sin embargo, un deseo intenso, animal, irreprimible y feroz, de pasar a la ofensiva. De causar daño en los planes y en los seres que trataban de invadir la Tierra y esclavizar a los terráqueos. ¡Sí! ¡Lucharía, pese a

todo! Aunque ello costara la vida, bien podía ésta sacrificarse en aras de un tan grandioso empeño.

Detuvo a sus compañeros. Indicó por señas la entrada del túnel y los llevó hasta él para que se ocultaran. Los otros le obedecieron con miradas de inquietud. Quedaron agazapados en la sombra, semejantes a monstruos desconocidos habitantes de las profundidades.

Entonces Lower invitó a Sam a seguirle, y el californiano no titubeó un segundo en hacerlo. A la luz del foco, Lower distinguió la blanca hilera de los dientes de Sam al sonreír.

Se internaron en el túnel. Era el mismo que conducía al pozo en cuya desembocadura está instalado el puesto de control conocido por Lower.

Ascendieron silenciosamente por la cavidad inundada hasta llegar a la superficie. Allí los movimientos de Lower adquirieron un ritmo rápido y preciso. Saltó ágilmente fuera del pozo y quedó frente al asombrado hombre verde que vigilaba los mandos.

Dirigió hacia él el proyector del «rayo azul» conminándole con gesto amenazador a que no hiciera ningún movimiento, y vio en las espantadas pupilas el temor que ello le producía. No inició el otro ningún movimiento, paralizado por la sorpresa.

Mientras Sam saltaba a tierra, Lower, sin despojarse del casco, presionó el resorte de la barra, dirigiendo el «rayo azul» hacia los mandos.

Una blanca humareda brotó de aquel lugar, y, al disiparse, mostró el destrozo causado. Todo había quedado convertido en una masa retorcida de metal fundido.

¡Magnífico! Ya quedaba anulada la salida al mar libre al no poder accionarse desde aquel lugar. Y quién sabía qué otros dispositivos de importancia también habrían quedado inutilizados.

El lagón y todas las galerías horadadas en las profundidades de la isla quedaban así convertidos en una mortal trampa para los

tjanianos y los «kauris» encerrados en ella. Y estos últimos -por lo menos, un grupo de ellos- se hallaban libres de control y enfurecidos, deseosos de hallar alguna víctima en que descargar sus feroces instintos.

El hombre verde parecía entretanto sumido en un espantoso temor. Por lo menos, lo fingía bastante bien.

Porque de repente, como una centella, dio un salto felino descargando un escalofriante zarpazo en dirección a Lower.

Simultáneamente, por rápido reflejo, saltó éste de lado esquivando la inesperada acometida, y el gigante, impulsado por su ímpetu, tropezó violentamente con el pecho del apercibido Sam.

Descargó éste un tremendo «gancho» en el pecho de aquél que se le venía encima. El hombre verde se dobló sobre sí mismo dolorosamente. Un salto de pantera dejó a Sam abrazado fuertemente al cuello de su contrario, y con las piernas estrechándole la cintura en potente tenaza.

Pero aquel enemigo era duro de pelar. El casco resguardó a Sam del primer y peligroso zarpazo que le dirigió el tjaniano, y, dándose cuenta del peligro que supondría de ser desgarrado el traje, todo su interés quedó centrado en inmovilizarle los brazos.

A continuación, dio comienzo la más feroz y espeluznante lucha que Lower presenciara jamás.

Éste se veía imposibilitado de intervenir. Los movimientos de los contendientes eran tan rápidos y continuados, que quedaban uno sobre otro con velocidad de relámpago.

De pronto quedaron inmóviles. Lower oyó el violento jadear del hombre verde. Éste era de doble envergadura que su antagonista, mas era éste quien le dominaba.

Continuaba a horcajadas sobre la espalda de su contrario que pugnaba por incorporarse. Empero, las manos de Sam habían hecho presa en los antebrazos del hombre verde, y había conseguido cruzárselos sobre la espalda en una dolorosa torsión.

Los bíceps de Sam parecieron a punto de estallar ante el esfuerzo extraordinario que estaba realizando. En aquel momento creyó Lower llegada la ocasión de intervenir.

Avanzó hacia el gigante, dispuesto a descargarle un golpe definitivo que diera fin a la lucha. Pero lo que vio, le detuvo en su intento.

El rostro del tjaniano se contrajo en una espantosa mueca de dolor insoportable. Y sus articulaciones, desencajadas por los hombros, tuvieron un brusco movimiento hacia atrás, estremeciendo su cuerpo en un espasmo violento.

Rápido como un áspid, Sam soltó su presa y asestó un potente golpe en el rostro del tjaniano.

La violencia hizo que la cabeza de éste rebotara en las paredes de la cámara. Y su cuerpo, con la blandura y pesadez de un trapo mojado, se desplomó en tierra donde quedó inmóvil y como sin vida.

Sin otra detención, los dos hombres se sumergieron en el pozo.

* * *

El grupo fugitivo no halló obstáculo hasta llegar al anfiteatro. Los acontecimientos habían sobrevenido tan rápidamente, que los tjanianos no se habían aún dado cuenta de ello.

La idea de Lower era tratar, en un desesperado intento, de pasar por la brecha abierta por el «rayo azul» en el enrejado superior, y salir a la superficie del lagón. Luego, una vez en tierra, no quedaba otra solución que defenderse hasta morir. Todo, antes que caer de nuevo en poder de aquellos seres. ¡Bonita perspectiva! Mas no cabía elección.

En el centro de la explanada estaba el «tar» como una silenciosa amenaza. Al mirar hacia el lugar en que quedó el cuerpo del hombre verde ahogado, reprimió un estremecimiento.

Los «kauris» habían sido rápidos. En aquel lugar sólo quedaban dispersos despojos, y el agua, a su alrededor, aparecía teñida de un

desvaído color sanguinolento.

¡Los «kauris»! Ello le hizo mirar atentamente tratando de descubrir dónde se hallaban. Y estaban allí, al acecho. Adheridos a la alta pared o guarecidos en las anfractuosidades de las iniciadas galerías, semejaban una siniestra legión de vampiros monstruosos a la espera de sus víctimas.

Animando a los demás con apremiantes movimientos de brazos, Lower señaló hacia arriba, hacia la invisible brecha que él sabía debía existir.

Sentía gran satisfacción, aun dentro de la inquietud del momento, al tener la convicción de que ni la gran puerta ni ningunos otros resortes podrían ser accionados desde la cámara de mandos. Algo habían conseguido.

Ascendieron como flechas. Algunos «kauris» se desprendieron de sus escondites y flotaron hacia ellos.

Sendos disparos del «rayo azul» abatieron a varios «kauris», conteniendo a los demás.

Como aladas formas fantasmales dieron escolta a distancia al grupo de los terráqueos, en espera de una oportunidad para atacarlos.

Y en aquel momento sobrevino lo inesperado.

Mientras el profesor e Irma nadaban por encima de ellos, los otros tres formaban la retaguardia, vigilando cualquier peligro llegado de abajo.

Lower era el único que iba armado, y a su derecha nadaba Sam, atento a la menor eventualidad. Algo más alejado, pero en lugar aparentemente menos peligroso, Karlow ascendía, vigilante también.

De súbito, una masa se desprendió de las tinieblas circundantes, y, sin dar tiempo a prevenirse, enzarpó a Karlow por una pierna arrastrándole velozmente hacia abajo.

Al pronto, los otros no pudieron darse cuenta de lo ocurrido. Mas el agitado movimiento del agua, por el rápido nadar del «kauri»

llevando en pos de sí a Karlow, les advirtió del peligro.

Con vigoroso impulso, siguió Lower en aquella dirección. El dispositivo interior de la coraza inundó a ésta de gas pesado, y la velocidad de la inmersión fue acentuada.

A escasas yardas ante Lower huía el «kauri» en dirección a uno de los pozos. Lower efectuó un rodeo a fin de cortarle la retirada. Pero otro «kauri» se lanzó hacia él como un rayo.

Tuvo apenas tiempo de deshacerlo con un disparo del «rayo azul», lo que le desconcertó al quedar las aguas enturbiadas.

Había perdido la pista del perseguido. Horadó las tinieblas desesperadamente tratando de localizarlo, y, al fin, le pareció distinguir una forma que se movía a la entrada de una profunda cavidad.

Llegó a las proximidades, sin dejar, no obstante, de vigilar algún ataque por sorpresa.

La sangre se le heló en las venas al dirigir el foco luminoso a la cavidad. De ella brotaba, como humo, un espeso halo rojizo que, al extenderse por el agua, daba la impresión de una fantástica cortina sangrienta.

Y entonces, el «kauri», al descubrirle tan próximo, soltó su presa y se abalanzó hacia Lower.

Era de un tamaño monstruoso. Lower vio la horrenda forma casi al alcance de la mano. Extendió el brazo armado y presionó una... dos... tres veces el disparador.

La masa se estremeció, pareció abrirse y que toda ella era fosforescente, luminosa. Luego, se difundió como el humo, quedando tan sólo pequeñas piltrafas flotantes.

Llegó Lower hasta el hueco con intención de prestar auxilio a Karlow. Mas éste ya no lo necesitaba. Sin el casco, su rostro mostraba la palidez marmórea de una estatua sumergida. Y la coraza, desgarrada ferozmente, mostraba la espantosa herida del pecho y abdomen por la que le habían extraído las vísceras.

Tuvo Lower un primer impulso de asir al cadáver y tratar de llevarlo con él. Mas... ¿qué conseguiría con ello?

Además, Karlow había sido un enamorado, más bien un apasionado, de su profesión. Toda la vida la había dedicado a esta pasión: la investigación y el estudio de los fondos submarinos. ¿Qué mejor tumba para este científico? ¿Qué mejor que aquella ignorada cripta en las profundidades marinas?

Llevó los tristes restos más al interior de la cavidad y movió un gran bloque que obturó la salida. Fue un postrer y grandioso homenaje al muerto, solo y sin testigos, en aquel ambiente sobrecogedor y con la vida en peligro a cada instante que transcurría.

Cumplida aquella triste misión, inició el ascenso.

* * *

Quedaron todos al fin asidos al enrejado superior.

A través de los cascos se veían los rostros desencajados por el temor y la angustia. Aquellas mudas miradas parecían preguntarle a Lower qué espantoso drama se había desarrollado en las profundidades. Y éste, con breves, pero elocuentes gestos, les dio cuenta del infortunado fin de Karlow.

A continuación realizó un reconocimiento hasta hallar la brecha de retorcidos metales.

Resultaba un tanto aventurado arriesgarse por ella, ante el peligro de sufrir algún desgarro en la coraza en la gran cantidad de agudas puntas entrecruzadas. Pero aquello resultaba un juego de chicos en comparación con los riesgos corridos anteriormente. ¡La libertad estaba tras aquellos barrotes!

Uno a uno, como anguilas que se escabulleran por entre las rotas mallas de una red, fueron saliendo de aquella trampa.

Y cuando sus ojos, a través de los cascos ya fuera del agua, pudieron contemplar la maravilla de un día esplendoroso y un cielo intensamente azul, quedaron empañados por lágrimas de emoción.

Nadaron hasta la orilla y, saltaron prestamente a ella.

Al despojarse de los trajes de inmersión y verse de nuevo sanos en aquel lugar, que a ellos se les antojaba ahora un paraíso, algo interior, angustioso e incontenible, los lanzó a unos en brazos de otros, celebrando entre lágrimas la alegría de ser libres.

Aun cuando en el ánimo de todos pesaba la tragedia de Karlow.

Lower, sin saber cómo, se encontró abrazado con Irma.

Y ella le dirigía una tan radiante mirada de ternura, que Lower se creyó más que suficientemente compensado de los peligros pasados.

Ahogado por la emoción, acercó sus labios a aquellos otros labios temblorosos y anhelantes que se le ofrecían.

# CAPÍTULO XII

## Islas desaparecidas

Una voz estentórea les llegó desde el bosquecillo de palmas. Todos quedaron sorprendidos, inmóviles, mirando hacia aquel lugar.

Al tiempo de ver cómo una veintena de marinos armados al frente de un Oficial se dirigían hacia el lagón, vieron también...

—¡Cielos! ¡Un cañonero! —exclamó Lower estupefacto.

—¡Y otro más! —hizo observar Sam extendiendo un brazo.

En efecto, las grises formas de dos buques de guerra se hallaban a escasa distancia de la isla. En la diáfana claridad se elevaban las negras columnas del humo de sus chimeneas.

Ya el grupo armado llegaba a escasas yardas de ellos. Eran marinos norteamericanos. El Oficial se adelantó en dirección al grupo, y, sin otro preámbulo, preguntó brevemente:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Y qué hacen aquí?

Lower avanzó unos pasos y quedó frente al que preguntaba.

—Soy Peter Lower, Oficial de la Armada; y este otro, Sam Bass,

marino. Ambos de la dotación del «Giggler».

Hizo un gesto señalando a los otros, y agregó:

—El profesor Polansky y su hija, en misión de investigación científica, enviados por una Universidad polaca.

Bien claramente se vio que la sorpresa del Oficial fue notable. Sin embargo, no evidenció cuál de los dos grupos le causó más sensación.

—¡Por la Cruz del Sur! —exclamó de buen talante—. He aquí algo asombroso. He recorrido la isla palmo a palmo por tres veces buscando al profesor Polansky y a los miembros de su misión, sin hallar otra cosa que el cadáver de un perro. Y de pronto, aparecen cuatro personas. ¿Pueden explicarme dónde estuvieron ocultos?

—Desde luego —afirmó Lower—. Ése fue nuestro escondite— y señaló al lagón.

—¿Cómo? ¿En el agua? Bromea usted.

—En absoluto. Nunca hablé más seriamente. Resultaría largo de explicar ahora, créame. ¿No podría trasladarnos a uno de esos buques? Desearía poder hablar con el Comandante. Es de urgencia lo que he de comunicarle.

—Será complacido. Pero... ¿dijo que pertenecían a la dotación del «Giggler»? ¿El patrullero hundido?

—Así es. Logramos asirnos a unos maderos y llegar a tierra. A otro islote más pequeño que éste.

—¡Asombroso! Aún no me explico cómo no fueron localizados por las patrullas aéreas...

—Discúlpeme —le atajó Lower—. Temo pecar de insistente. Mas es muy importante el que nos trasladen a bordo. Y escuche esto. Debe establecer un cerco al lagón con todos esos hombres. Que vigilen con toda atención. Y si algo aparece en la superficie, quiero decir persona o animal, que disparen sin previo aviso. Nadie debe escapar de ese lago.

Había algo tan solemne en el rostro y en las palabras de Lower, que el Oficial no replicó. Tuvo el presentimiento de que algo grave y peligroso se ocultaba en el fondo de aquellas tranquilas aguas. Además, ellos habían llegado hasta allí en persecución de un submarino pirata...

Una chispa luminosa brotó en su cerebro. Ahora lo veía todo con más claridad.

—¿Será posible? —indagó, incrédulo, con el pasmo reflejado en el rostro—. ¿Tal vez ésa es la guarida submarina...?

Un gesto de asentimiento de Lower lo confirmó en sus sospechas.

—¡Pronto! —ordenó con súbita energía—. Tú, Mitchell, acompaña al Oficial Lower y a los demás hasta las lanchas. Él mismo dará las órdenes necesarias a los que las guardan. Y los restantes —se dirigió al grupo armado— ¡Atención! Rodead el lago y haced fuego sobre cualquier bicho viviente que trate de salir de él. ¡Adelante!

Mientras Lower y los componentes de su grupo, guiados por Mitchell, corrían hacia las lanchas varadas en la orilla, los marinos mandados por el otro Oficial tomaban posiciones ventajosas para vigilar el lago.

Y cuando una de las lanchas rozó, trepidante, el costado del cañonero «Looker», una extraña seguridad envolvió a Lower. Porque tuvo la convicción de que aquellos diabólicos seres ocultos en las profundidades no podrían llevar a efecto sus fatídicos planes de invasión.

Dos horas después de su llegada, la radio del «Looker» transmitía en clave, al Mando de la Flota, la más increíble y extraordinaria historia que buque alguno de la Armada hubiera transmitido jamás.

Días después fueron movilizadas todas las unidades que componían la II y III Flota de la Armada norteamericana.

Con una precipitación que asombró a todos, se anunció

solamente que iban a realizarse unas pruebas en aguas del Pacífico con los más potentes explosivos nucleares.

Ello levantó una ola de indignadas protestas en la mayoría de los países. Las emisoras de radio lanzaron sus mensajes en todos los idiomas, dando cuenta de los posibles peligros que de ello podrían sobrevenir.

Sordas a estos ataques por Prensa y radio, las unidades de guerra, al mando del experto y enérgico almirante Dunley, designado por el Alto Mando, desalojó de embarcaciones la extensa zona señalada para las pruebas, estableciendo alrededor de aquel lugar un impenetrable cerco.

Fuertes contingentes de aviones de patrulla tejían la invisible red de sus vuelos sobre aquel espacio.

Y cuando las radios de todos los buques y aviones coincidieron en afirmar que toda la zona había quedado libre de obstáculos, Dunley radió la señal convenida.

De cada uno de los islotes señalados como puntos donde se realizarían las pruebas, se elevaron los helicópteros que transportaban los hombres voluntarios que habían puesto en marcha el mecanismo de explosión de los potentes artefactos nucleares. Éstos habían sido colocados estratégicamente en los lugares previamente señalados.

Transcurrieron quince mortales minutos. Mentalmente fueron contados por todos los que presenciaban la prueba.

Finalmente, casi simultáneos, desde tres puntos distantes, tres enormes y monstruosas explosiones elevaron las aguas como gigantes surtidores que arrastraran fragmentos de rocas deshechas.

Retumbó como un sordo bramido profundo bajo las alborotadas aguas, levantando un oleaje de auténtica tempestad. Y, tras unos minutos en que tardó la atmósfera en quedar despejada de nuevo, las aguas volvieron a encalmarse, adquiriendo la tranquila apariencia que anteriormente tuvieran.

En el lugar en que antes se hallaran los islotes conocidos en las cartas marinas por Katumo, Bakim y Ranuroa, solamente quedaba una amplia extensión de aguas aún enturbiadas.

¡La terrible amenaza había dejado de existir!

Bajo la impenetrable barrera de agua quedaba sumergido un secreto inquietante junto con los pulverizados fragmentos de aquellos atolones.

* * *

Lower se encontraba en el puente de mando del acorazado que enarbolaba la enseña del Almirante.

Junto a él, Dunley observaba el lugar de una de las explosiones. Varios Jefes de la Armada hacían lo propio.

Dunley continuó atisbando con gran atención, ayudado por los prismáticos. Al fin, los dejó colgar sobre su pecho y se volvió lentamente a Lower.

—Bien —dijo, sin dirigirse concretamente a nadie—. La prueba ha resultado satisfactoria.

Seguidamente, ordenó a uno de los Jefes:

—Dé la orden para que se reagrupen las unidades.

El aludido se apresuró a obedecer. A continuación, Dunley habló directamente a Lower:

—Necesita tomarse un descanso. Tiene concedido permiso hasta nueva orden. La Armada no olvidará fácilmente sus servicios, Lower. Comunique por escrito el lugar de esas vacaciones.

—Así lo haré, señor. Tengo proyectado marchar a Polonia para contraer matrimonio. Hecho lo cual, pasaré una temporada en Florida.

—Reciba mi felicitación, Lower. El lugar es excelente. Y los alrededores del lago Okeechobee son admirables. ¿Le agradan los lagos?

Ninguno de los presentes pudo hallar explicación a la insólita

chispa maliciosa que brilló en las pupilas de Dunley al hacer la pregunta. Ni tampoco al reprimido gesto de fingido temor con que respondió Lower, y que hizo sonreír al Almirante.

En el amplio espacio líquido, las unidades de las Flotas procedían a reagruparse, esperando la orden de marcha que Dunley ya se disponía a dar.

Un cielo intensamente azul, ajeno a todo lo ocurrido, se ofreció a la mirada de Lower como una ofrenda de esperanza y paz.

F I N

Primero fue "Plutón II", la base orbital que constituía la avanzadilla terrestre fuera del sistema solar. Después, "Pigmalión III", la base planetaria destacada en el satélite Europa. Más tarde, las de Deimos y la Luna. Y luego...

# NIEBLAS BLANCAS

El mundo entero se estremeció al conjuro de estas dos palabras. Las comunicaciones quedaban interrumpidas, los cuerpos humanos desaparecían sin dejar rastro... El misterio más absoluto envolvía la presencia de aquellas nieblas en la Tierra. ¡Pero el peligro que representaban era real, latente!

P. DANGER

el autor a quien, sin duda, usted recordará con agrado, le ofrece en esta novela un relato insuperablemente fantástico, basado en las más exactas leyes científicas. Algo que usted no podrá olvidar. Un relato que puede ser realidad el día que la Tierra se vea invadida por un ser dotado de sorprendentes y aterradores poderes, extraño, desconocido... ¡Y totalmente invulnerable!

# NIEBLAS BLANCAS

Es el título que usted debe retener en la memoria. Se publicará en el próximo número de la insuperable

COLECCION

*Luchadores del Espacio*

TIP. ARTÍSTICA. Precio: 6 pesetas

## Notes

[←1]

Dicho inglés, equivalente a jugárselo el todo por el todo.